

## Puntos de suscripcion.

Véase al fin del número.  
En Madrid 12 rs. vn. al mes.  
En las Provincias y en el Estrangero 20 rs. mensuales, y 60 por trimestre, franco de porte.  
En Ultramar 24 rs. mensuales y 70 por trimestre, también franco.  
Este periódico sale todas las mañanas y todas las tardes menos los lunes.

## Anuncios y comunicados.

Se admiten a real por línea los primeros, y a dos reales los últimos.  
Los suscriptores reciben GRATIS la colección completa de órdenes y decretos del gobierno.  
Se darán también SUPLEMENTOS gratis siempre que sea necesario.  
LAS OFICINAS DEL HERALDO están situadas en la calle de San Miguel, núm. 23.

## EL HERALDO.

PERIODICO POLITICO, RELIGIOSO, LITERARIO E INDUSTRIAL.

## PARTE POLITICA.

## CORTES.

## CONGRESO.

PRESIDENCIA DEL SEÑOR ALCON.

Sesion del día 14 de diciembre.

Se abre a la una y diez minutos.  
Se lee y aprueba el acta de la anterior.  
Oye el Congreso con agrado la felicitación que por la declaración de la mayoría de S. M. le dirijen el ayuntamiento de la ciudad de Huelva y el de la villa de los Santos en la provincia de Badajoz.

Quedan sobre la mesa dos dictámenes de la comisión de actas para que se admita como diputado por Avila al señor hernando de Quirós, y por Guadajajara al Sr. D. Vicente María Peiro.

Se admite como diputado por Sevilla al Sr. Vazquez, quien jura y toma asiento.

El Sr. Llanos escita a la comisión encargada de examinar el proyecto de ley de amnistía en favor de los que han tenido parte en las últimas ocurrencias, a que presente su dictamen, por tener entendido que dicha comisión no ha vuelto a reunirse desde que nombró presidente.

El Sr. Martínez de la Rosa contesta que a las veinte y cuatro horas de encargarle la redacción del dictamen de amnistía, lo leyó en el seno de la comisión, y que la grave discusión que ocupa al Congreso es la causa de no haberse todavía presentado dicho dictamen.

CONTINUA LA DISCUSION SOBRE EL MENSAJE.

El Sr. CORTINA (1). La interrupción, señores, que ha sufrido mi discurso ha justificado la verdad de aquel adagio español que dice *no hay mal que por bien no venga*. Ha sido en efecto un mal que mi discurso fuese interrumpido, y en mi opinión lo fue contra la expresa disposición del reglamento, porque el reglamento reconoce en todos los diputados el derecho de no poder ser interrumpidos en sus discursos, y este derecho lo tienen en una misma sesión y aunque sea forzoso dividir el discurso en dos partes; pero este mal está compensado sobradamente con haberse presentado la ocasión de poder contestar antes de concluir mi discurso a muchas reflexiones que se han presentado aquí haciendo uso, por no decir otra cosa, del derecho de formular proposiciones incidentales.

Concluiré hoy el discurso que tuve el honor de principiar sobre esta cuestión grave; pero no tema el Congreso que yo abuse de su consideración ni que me prolongue más de lo necesario: quiero conservar todas mis fuerzas para dilucidar y hacer aparecer la verdad en su verdadero punto de vista.

Voy a contestar a algunas especies de los discursos de los Sres. Posada, Bravo Murillo, Castro y Martínez de la Rosa, y lo haré con el laconismo posible por no abusar de la consideración del Congreso.

Hablando el Sr. Posada de la sesión que yo hice de los acontecimientos políticos desde el año 59, se ha permitido decir que había empezado aquella sesión no tan atrás como debiera. Si con esto ha querido S. S. decir que en época anterior a aquella por donde yo principie a hablar, tenía algo que callar, o había en mi vida algo que me importaba guardar, digo a S. S. que se ha equivocado completamente, o por mejor decir que le han engañado los que semejantes ideas pueden haberle sugerido; y de paso diré que desde que tengo uso de razón he sido defensor constante de la libertad y de los principios liberales; y que cuando S. S. acaso por su corta edad no los conocía y por consiguiente no los profesaba, yo había combatido y espuesto mi vida por defenderlos.

También el Sr. Castro quiso hallar alguna contradicción recordando algunos hechos de mi vida pública. El Congreso recordará que he dicho que a mi vuelta de Sevilla de desempeñar una honrosa comisión, me había encontrado sin saberlo yo nombrado individuo de una comisión electoral que se creó en Madrid; dije también que había concurrido a una reunión de esa comisión, a que fui citado; y manifesté muy terminantemente que habiendo encontrado un programa, formulado ya, en que se reconocía el principio que siempre he profesado de que no debía haber mas reacciones, no tuve dificultad de suscribirlo. El señor Castro se ha servido recomponer por esto y suponer que había contradicción entre haber obrado así y haberme despedido de la libertad y de los principios liberales, y que cuando S. S. acaso por su corta edad no los conocía y por consiguiente no los profesaba, yo había combatido y espuesto mi vida por defenderlos.

El orador hace la historia de la coalición, tanto parlamentaria como periodística, y refiere varios hechos para probar que no la aceptó desde el momento en que el partido moderado tomó en ella una parte activa. Contesta en seguida a la contradicción que el Sr. Castro encuentra en su conducta actual con la que observó en Sevilla cuando pasó a llevar el presente que S. M. regaló a esta ciudad por su heroica defensa; y se hace cargo de algunas observaciones que le dirigió el Sr. Posada, procurando ante todo encontrar poca firmeza en los principios de este diputado, a cuyo efecto leyó lo que en otra ocasión decía S. S. acerca de la coalición.

Después de defender contra los Sres. Posada y Bravo Murillo el decreto de revalidación de empleos dados por el gobierno del ex-reyente, fundado en su legitimidad, pasa a hablar del decreto de disolución y se expresa en estos términos:

Haciéndose después cargo el Sr. Posada de algunas observaciones mías respecto al decreto de disolución de las Cortes, dijo que lo que yo había manifestado acerca de la palabra *instancias* que se leía en otro decreto de S. M. no era enteramente exacto, pues en esta frase puede comprenderse hasta el caso de fuerza, y que por consiguiente nada probaba contra que se hubiese cometido la violencia, el que en el decreto indicado se hubiera usado la palabra *instancias*. Este argumento es de tan poca fuerza que no necesito molestar mucho al Congreso para demostrar su debilidad. La palabra *instancias* significa repetir nuestra súplica o petición para obtener una cosa, insistiendo con ahínco. Desde esto a la violencia de que se hace mención en el acta, hay mucha distancia. Pero el Sr. Martínez de la Rosa, haciéndose también cargo de esta observación mía, decía que la frase de *instancias* manifestaba que S. M. no había firmado el decreto con voluntad cumplida. Y que se infiere de esta deducción? Pues que no es muy común en esta clase de sistemas que los reyes tengan que hacer muchas cosas sin voluntad cumplida? Los reyes solo pueden obrar enteramente según su completa voluntad en los gobiernos absolutos, pero no donde rigen instituciones liberales, porque aquí estamos acostumbrados a verlos obrar sin atender a su libre voluntad, y escuchando el bien y la opinión de los pueblos. La libertad cumplida de los reyes no puede tener lugar en los sistemas constitucionales, ni este principio puede invocarse para nada, porque justamente para modificar la voluntad de los reyes,

es para lo que se han establecido las instituciones políticas.

Religiéndose el Sr. Posada a lo que hemos dicho los que hemos usado la palabra en cierto sentido, ha supuesto que nosotros sostenemos que la palabra de la Reina no debe ser creída, o lo que es lo mismo, que la Reina miente, y esto el Congreso sabe que no es exacto. Decía S. S. que la Reina, por la Constitución, es sagrada e inviolable, y que por consiguiente no puede mentir. Esto tampoco es lógico, por que para conocer la diferencia que existe entre una y otra proposición, basta considerarlas en sí, y a primera vista salta que no son iguales. Lo que de esta disposición constitucional se deduce, no es que la Reina no puede mentir, sino que no puede exigírsele responsabilidad de una mentira. Y una prueba de que nuestras leyes no conceden a los reyes esa virtud de no poder mentir, es que en las partidas hay una que dice que los reyes no deben usar palabras mentirosas o soberbias.

El orador combate después la doctrina del Sr. Posada, cuando aseguró que S. M. no se presentaría en el juicio como testigo, ni como acusadora, sino como reina: esto lo estraña S. S. en boca de un jurista como el Sr. Posada; porque bien debiera saber que en los juicios no hay ningún papel ni ninguna parte que se llame *Reina*; sino que lo que en ellos interviene, es solamente el actor, el juez, el reo y los testigos; y además, que los reyes, según las leyes, bien pueden presentarse en juicio, y se presentan en sus pleitos ya como actores demandando, o ya como reos siendo demandados; y así ha sucedido no hace muchos días en el juzgado de Alcalá, en donde S. M. ha sido vencida en un pleito que allí se ha seguido sobre intereses o derechos de su patrimonio.

Esponiendo varias consideraciones examinando la cuestión bajo el aspecto legal, y viniendo a la presentación del acta regia a las Cortes, reproduce sus cargos al ministro porque lo ha hecho faltándole las prácticas constitucionales, no teniendo para ello la autorización debida de la corona; y continúa diciendo: Dándonos un consejo el Sr. Martínez de la Rosa, que yo agradezco mucho pero le digo que por mi parte no es menester, nos decía ayer: *Habéis cometido una grave falta, dirigiéndose a nosotros, habéis dado acórida a un hombre que tenía sobre sí la señal de reprobación, y es una grave falta esa que os ha de pesar*. Mucho ha pesado sin duda que los diputados progresistas hayamos dado acórida al Sr. Olózaga que siempre ha sido progresista, que aunque por mas de una vez no ha yamios estado en completa armonía nunca hemos distado ni un ápice en principios, señores; los diputados progresistas no han juzgado en este negocio la cuestión de un hombre: solo han creído con equivocación o sin ella que estaba unida a este acontecimiento la causa de sus ideas y de sus principios, y los diputados progresistas estamos muy acostumbrados a olvidarnos de las personas cuando los principios median. Bastábanos saber que estaban empeñados los estos principios que profesamos en la contienda, para que saliéramos a la lid, para que no nos presentáramos en la palestra; y aun cuando la persona, víctima de este acontecimiento hubiera sido una que distara mucho de estos principios, le hubiéramos acórido con nobleza, con vanidad y con lealtad.

Me atribuyó también el Sr. Martínez de la Rosa por equivocación, porque no puedo suponer otra cosa, que yo había dicho que solo el partido progresista podía gobernar. Tendré muy presente que semejante idea no ha salido de mis labios, y por si equivocadamente la había pronunciado, aunque no era fácil, le he recorrido mi discurso y puedo asegurar, que no solo no he dicho semejante cosa sino que de cuanto tuve el honor de manifestar no puede deducirse nada que se parezca a eso. Una cosa es que yo desee y quiera sinceramente que en cuanto este a mi alcance gobiernen los hombres progresistas, y otra cosa es que yo crea que no pueda gobernar el partido moderado que respeto y aprecio, y que creo que también puede gobernar si tiene medios en las cámaras y todos los elementos que se necesitan para hacerlo en un país constituido como el nuestro. Yo puedo asegurar, y hay muchos que me escuchan y no me dejarán mentir, que mas de una vez he dicho, y si todos pensaran como yo habríamos dejado de gobernar los progresistas, nos habríamos retirado de los negocios públicos, nos hubiéramos replegado a los bancos de la oposición, haciéndola leal y francamente, con la mas completa seguridad de que al poco tiempo, en el terreno parlamentario, hubiésemos triunfado. Esta es mi opinión y mi creencia, y ya ve el señor Martínez de la Rosa cuánto dista de ese exclusivismo que me atribuye y que nunca ha estado en mi cabeza ni en mi corazón.

Habiendo dicho, señores, y no una vez sola, que el acontecimiento de 1.º de setiembre había sido desgraciado, el Sr. Martínez de la Rosa tomando acta de mis palabras con buena intención, porque otra cosa no puedo figurarme de S. S., decía que esa confesión era muy importante para la historia. Me honraba en eso mas de lo que yo merezco, porque jamás he creído que nada de lo que pueda salir de mis labios tenga esa importancia, ni produzca esos efectos que se atribuyen. Pero por lo poco que sea, y por si tiene esa importancia, quiero presentar ese pensamiento como le he concebido, como he tenido el honor de manifestarle, y no de la manera limitada y ueruada con que S. S. lo ha presentado. Haciendo la relación, que el Congreso recuerda, de los acontecimientos políticos de la pasada época, dije yo que desgraciadamente había ocurrido el 1.º de setiembre; son palabras que constan en el *Diario de las Sesiones* y en el extracto que de mi discurso han publicado los periódicos. Pero, ¿por qué dije yo que fue desgraciado el 1.º de setiembre? Esto importa mucho que se sepa, y yo debo manifestarlo. Desgraciadamente he dicho que ocurrió el 1.º de setiembre porque entonces hubiera querido yo como quiero hoy, que el partido progresista hubiese vencido en la arena parlamentaria, y hubiera subido al poder por esos medios, porque tenía la completa seguridad de que solo subiendo al poder por ese camino, es como podía gobernar para provecho del país. Yo que he tenido la desgracia de gobernar después de revueltas políticas y revoluciones, me he convencido íntimamente por la experiencia, de que para gobernar constitucionalmente es necesario triunfar por los medios parlamentarios, para que las ideas que se sostengan encuentren eco en el país y sean apoyadas por la mayoría.

Para gobernar constitucionalmente es necesario vencer en las elecciones, obtener una mayoría y que hombres que formen parte de ella se encarguen de los negocios públicos. En ese sentido he dicho que el acontecimiento de 1.º de setiembre fue desgraciado para el partido progresista; porque el partido progresista que tiene medios de gobernar, que tiene esperanza, que tiene porvenir, que tiene principios, no ha podido plantearlos por esos acontecimientos fatales y desgraciados. Y también quiero hacer sobre esto algunas indicaciones que deben servir para que la responsabilidad de esos mismos acontecimientos caiga sobre quien haya lugar, sobre quien la haya merecido.

(S. S. refiere los diferentes motivos que han dado lugar a los pronunciamientos, en cuyos hombres se ha elevado al poder el partido moderado, achacando algunos de ellos a este mismo partido. Luego continúa diciendo:

Entró el Sr. Martínez de la Rosa a examinar los que quiso calificar de cargos que yo había hecho al partido moderado. Los señores diputados recordarán que no he hecho cargos al partido moderado, que únicamente dije, trayendo a la memoria ciertos acontecimientos, que había habido motivo en los diputados del partido progresista para alarmarse y sospechar de las intenciones de los del partido moderado al ver que para la votación de la mesa se habían reunido en un apartado lugar sin contar con ellos. El mismo Sr. Martínez de la Rosa, hablando de esto y mezclando una cuestión que era ciertamente ajena del punto de que se ocupaba, habló de un

acontecimiento sobre el cual quiero decir lo que se. Hago alusión a lo que dijo S. S. respecto de la manera con que el regente del reino fue nombrado. El Sr. Martínez de la Rosa recordó un artículo que en aquellos días se escribiera, y supuso sin estar bien enterado de esta materia que había eso contribuido a que el nombramiento de regente del reino recayera en el duque de la Victoria. Yo debo decir aquí que si ese escrito triste y fatal produjo algún efecto, fue el contrario que se le atribuye, y debo decirlo en honor y gloria de las Cortes y de los diputados que representaban entonces el país. Había diputados que estaban dispuestos a votar la regencia única, y porque no se creyera que se doblegaban a semejante exigencia, porque no se creyera que les atemorizaba aquel escrito y que no eran tan independientes como lo debieran ser, votaron en contra de lo que su convicción les dictaba. He dicho, pues, semejante acusación en honor de aquel Congreso, de aquellas Cortes que formó parte, de la misma manera que defenderé a las presentes en lo sucesivo si experimentan iguales ataques.

(El orador se hace cargo de lo manifestado por el Sr. Martínez de la Rosa acerca de la posibilidad de un ministerio de coalición, y asegura por punto general que esta clase de ministerios son de corta vida y escasos resultados, y no quería S. S. que el primer ministro de Isabel II fuera de esta especie. Contestando luego S. S. al cargo de exclusivista que el Sr. Martínez de la Rosa hizo al partido progresista, dijo:

Yo que he tenido el honor de hablar en esta cuestión sobre esto mismo, he dicho que no quería revoluciones, que mi deseo era de que solo se consiguiesen nuestros triunfos por los medios parlamentarios de que podíamos hacer uso, obteniendo una mayoría, y que deseaba por lo tanto que subiese al poder un ministerio moderado, porque estaba seguro de que duraría muy poco tiempo; pero que, sin embargo, por ser moderado tampoco le haría la guerra si no contrataba mis principios, así como le haré la oposición al ministerio de coalición que hoy existe por ser de coalición. Yo le haré la oposición; le haré la oposición cuando considere que sus actos son malos; pero pueden contar los señores ministros con que si los actos son conformes con las ideas progresistas que he profesado, profeso y profesaré siempre, le prestaré mi apoyo débil y escaso. No hemos, pues, dado motivo para semejante reconvencción, y mucho menos, después de la manifestación explícita de que quería que mi partido venciese por los medios legales, y deseaba que no hubiese mas reacciones ni mas revoluciones.

Concluía el Sr. Martínez de la Rosa el argumento diciéndonos otra cosa que es singular por cierto, y que yo no puedo dejar pasar de modo alguno desapercibida, porque S. S. al dirijirnos semejantes argumentos, ha supuesto que los que nos sentamos en estos bancos somos ignorantes de la posición parlamentaria, porque de lo contrario no habría pensado que podía decir lo que nos manifestaba de una manera tan sencilla. Decía el Sr. Martínez de la Rosa: *«Nosotros queremos que gobiernen, tentamos la mayoría, y sin embargo os dejamos el puesto porque lo que deseamos es que se gobierne»*. Esto es muy bello, pero no pasa de ser bello; otra calificación no puede merecer. Pues qué? El Sr. Martínez de la Rosa puede hacernos creer por ventura que sino está sentado en el puesto que ocupa el Sr. González Bravo, es porque le falta voluntad de hacerlo, y porque le falta voluntad de hacerlo a su partido? No, señores; acá no podemos creer semejante cosa. Yo entiendo esto de otra manera: el Sr. Martínez de la Rosa y sus amigos creen que no ha llegado aun su ocasión; quieren esperar, y esto les honra mucho, porque esperar en política es lo mas acertado y lo mas derecho. No han entrado ahora porque han querido formarse un puente para subir, y ese puente es el actual ministerio. Decir que acá no queremos que se gobierne, es abusar de una palabra sacramental que todos recuerdan a su vez y que cada cual entiende a su modo. Yo también quiero que se gobierne; no hay aquí quien no quiera que no se gobierne, pero la cuestión está en la manera de gobernar. (Risas.) Si viniéramos a cuentas, y el Sr. Martínez de la Rosa me dijera a mi cómo quiere que sea la ley de ayuntamientos, la de diputaciones provinciales, la de milicia nacional y otras que todos deseamos, seguro es que no nos pondríamos de acuerdo, que no nos entenderíamos, y que S. S. diría que gobernar era lo contrario de lo que yo creyera.

(Después de hacer el orador una ligera observación acerca de las palabras proferidas por el Sr. Martínez de la Rosa acerca del Estatuto Real, y principiar a enlazar su interrumpido discurso del día 1.º en que S. S. habló, es interrumpido por el Sr. Presidente por ser pasadas las horas de reglamento. En su discurso de ayer principió hablando de los sucesos de Palacio y se expresó en estos términos:

Fue llamado a Palacio el Sr. Presidente del Congreso el día 29, y después de manifestar su opinión sobre los sucesos del 28, obrando con la delicadeza que tanto le honra, estimó oportuno que también emitieran su opinión los señores vice-presidentes del Congreso. Sabido es que la representación del país está dividida en dos cámaras, que cada una tiene su presidente, y que la costumbre constantemente autorizada, es que en los consejos áridos sean llamados ambos presidentes, como lo hizo el último regente en las crisis anteriores. Estas consideraciones que siempre deben guardarse, eran tanto mas oportunas en la actualidad, siendo conocida la diferencia de opiniones políticas de los dos presidentes de los cuerpos legislativos. Otro consejo debió darse a la Reina, en que no se advirtieran muestras de parcialidad, que debe estar distante de la persona que ocupa el trono. Mas es lo cierto, que solo fueron llamados el Presidente y los vice-presidentes del Congreso, entre los que se hallaba el Sr. González Bravo, hoy presidente del consejo de ministros. Este propósito, como todos, la destitución del Sr. Olózaga, y de consiguiente, no puede decir que la responsabilidad de sus resultados no le afecta, a lo menos moralmente. Además, no puede perderse de vista que el consejo en si mismo fue errado y anticonstitucional, y esto me pone en el caso de decir mis opiniones respecto a los consejos que los reyes constitucionales pueden y deben tomar, y de combatir las equivocadas teorías que sobre este punto se han sentado y tienen al sistema por el que ha hecho el país tantos sacrificios, que continuará, sin duda, si fuese necesario.

(El orador sostiene, que debió llamarse en aquella ocasión a los ministros compañeros del Sr. Olózaga, porque todavía no habían hecho dimisión de sus cargos, y consultar con ellos: luego continúa:

Nada de esto se hizo, ni era posible que se hiciera, porque todo estaba previa y anteriormente acordado en una reunión particular, como lo indican los cuatro decretos que, por una persona a quien nombraré, por haber contraído con el Congreso este compromiso, se llevaron a la firma de un ministro responsable. El Sr. Serrano obrando con la lealtad y firmeza que le distingue, ha revelado al Congreso, que hallándose en su casa aquel día se le llevaron por una persona que era el Sr. Donoso Cortés cuatro decretos: el 1.º sobre la destitución del Sr. Olózaga; 2.º anulación del decreto de disolución de Cortes; 3.º declaración de que el Sr. Olózaga no podría ejercer en lo sucesivo cargos públicos de ninguna clase y su destierro fuera del reino; 4.º en que se determinaba que S. M. no pudiera despachar en adelante sino en consejo de ministros. No entré a examinar la legalidad de algunos de estos decretos; pero sí diré que no puede darse en escándalo que por el decreto de un rey se quiera imponer en el día un destierro, y se decrete la invalidación de un individuo a obtener cargos públicos; eso es propio de los gobiernos absolutos que han desaparecido de nuestro país para no volver nunca; de todas maneras el hecho evidente es que esos decretos se acordaron en una reunión particular, y se presentaron a un ministro responsable para que se recibiera la firma de la Reina. No es extraño que se obre así

cuando le hemos oído al Sr. Bravo Murillo sostener que nada tenía de particular que S. M. tuviera un consejo distinto del de sus ministros. Y no se contentó S. S. con decir esto, sino que añadió que era indispensable cuando el jefe del Estado era una niña de corta edad e inocente.

Yo confieso que he oído esta idea con admiración y sorpresa: nunca creí en la ilustración del Sr. Bravo Murillo que saliera de sus labios semejante blasfemia. Si esa idea se dejara correr, se falsearía por la base el gobierno representativo. Pero se nos dijo por S. S. que en ese día se cumplió con la Constitución, porque después de concebidos estos decretos se había llamado a un ministro responsable. Es decir, que el rey constitucional del Sr. Bravo Murillo es un monarca que se aconseja de quien quiere, y que después, para cubrir la responsabilidad, para que haya una víctima expiatoria, y para que en su caso pague los errores que se hayan cometido, se busca un ministro que ponga su firma. Yo creo que el Sr. Bravo Murillo no quería ser ministro de ese modo. Los ministros, además de la responsabilidad que tienen sobre sí, se hallan revestidos de la alta misión de aconsejar a S. M. única y exclusivamente; y cuando falta conformidad, exige la honradez que deja su puesto.

Estraña es que estas teorías se sienten en un país en que la opinión se ha mostrado constantemente contra lo que los reyes han hecho por otro consejo que el de sus ministros responsables. Podría recordar que hasta mas de una revolución ha promovido eso que se llama camarilla.

Solo citaré un hecho que tuvo lugar en 1821, cuando al abrirse las Cortes, el rey D. Fernando VII se permitió agregar al discurso de apertura que le presentaron sus ministros responsables varias adiciones, y además un largo párrafo al final, en que se quejaba de sus consejeros. Fue tal el escándalo y sorpresa que causó esto en los individuos que formaron aquellas Cortes, que la comisión encargada de contestar a aquel discurso, propuso que no se contestara a aquella parte; y no contenta con que no se contestara, propuso que se manifestara a S. M. la sorpresa y el dolor que había experimentado aquel cuerpo deliberante al ver lo que por sí se había servido agregar al discurso que le presentaron sus consejeros responsables. Y en la importantísima discusión a que esto dio motivo hablaron los mas distinguidos oradores de aquella época, y entre ellos el Sr. Martínez de la Rosa, quien también sostuvo con su fuerza de elocuencia en un brillante discurso, que después de separado aquel ministerio, se le diera un voto de gracias y de confianza por las Cortes, como efectivamente se acordó, lo cual llevaba un voto de censura implícito contra el jefe del Estado.

También el Sr. Posada se entrometió en esta cuestión y la trató bajo el mismo punto de vista, y sentó una teoría bastante original. Tres dijo S. S. que eran las atribuciones que ejercían los ministros de S. M.: primera, la de secretarios del rey; segunda, obrando por delegación real; y tercera, la de jefes de la administración. Ampliando las divisiones de esta teoría, que no es española, sino francesa, dijo el Sr. Posada que los ministros hacían de secretarios del rey en el nombramiento de otros ministros; y en la disolución de las Cortes. S. S. olvidó la diferencia que la Constitución establece entre ambas prerrogativas reales, pues la de nombrar ministros puede ejercerla libremente, y en la de disolver las Cortes debe sujetarse a las prácticas parlamentarias; y de adoptarse esa teoría, nadie podría ser responsable de una medida tan trascendental como la disolución de las Cortes, si al dictarla solo hacían de secretarios del rey los ministros.

Esta cuestión de responsabilidad ministerial ha llevado a no por la mano a los diputados que de ella han hablado a entrar en otra cuestión de mucha gravedad e importancia, cual es, la de la influencia que los ministros de un rey constitucional deben tener hasta en los actos de su vida privada. Yo no iré al extremo de decir que los reyes no pueden hacer nada absolutamente en su vida privada; si es que vida privada tienen los reyes, sin el acuerdo de sus ministros responsables; pero sí diré, que en todos aquellos actos aunque de vida privada, se repiten que en algo puedan rozarse con la marcha política, deben intervenir sus ministros responsables, y esta opinión es tan atendible, que en corroboración de ella, voy a citar un ejemplo reciente que no rechazarán por cierto los que se sientan en los bancos de enfrente. No está muy lejano el caso en que derrotado en el parlamento lord Melbourne, jefe del partido wig, la reina llamó para que se encargara de la formación del ministerio a sir Roberto Peel, jefe del partido tory, el cual exigió de S. M. como condición indispensable para encargarse de la formación del gabinete, la separación de ciertas damas de su servidumbre y que pertenecían a las ideas del partido wig, las cuales serían reemplazadas por otras pertenecientes a las del partido tory. La reina, dando una prueba de su amor al país, dando una prueba de constitucionalidad, y sacrificando afecciones personales, profirió ser reina de Inglaterra constitucional, a llevar a cabo un capricho: pues bien, si esto se ha creído necesario en Inglaterra por el partido conservador, si esto se ha creído indispensable en un país donde el orden público está amenazado, en donde el sistema de libertad cuenta ya tantos años, y con cuanta mas razón no deberá hacerse lo mismo en un país en donde si bien las ideas de libertad están profundamente arraigadas en el corazón de los españoles, el orden público no está completamente amenazado? Si allí se ha creído eso justo, y allí se ha observado y respetado esa conducta, mucho mas necesario es que aquí se haga lo mismo; y por mi se dirá, que si a pesar de mi repugnancia a figurar en elevados puestos, si a pesar de mi decisión a no ocuparlos, llegase el caso de que uno de aquellos compromisos sociales a que ningún hombre como particular, ni como caballero, puede negarse, me llamasen a un alto puesto y se me encargase la formación de un ministerio, lo primero que exigiría, ante todo, y a esa condición no admitiría, sería, que todas las personas que rodean a la Reina fuesen conforme a mis opiniones políticas; pero dejando a parte esto y volviendo a la responsabilidad ministerial, es evidente que pesa sobre el Sr. González Bravo la responsabilidad de haber traído al Congreso esa acta, y de tal manera pesa, que aun suponiendo que S. M. se hubiera dignado mandar que el acta fuese remitida al Senado y al Congreso para ser objeto de discusión, y ese mandato lo hubiera autorizado el Sr. González Bravo, gravitaba también sobre S. S. la responsabilidad legal por el mismo hecho, y si esto es indudable, lo es mucho mas, que no habiendo precedido esa orden de S. M. ni aun de palabra, con nadie puede compartir la responsabilidad de ese acto. No es, pues, exacto que es de todos los demas ministros la responsabilidad como se dijo el otro día; no, suya es solamente, y no puede menos de ser conocida así, sin faltar lo que yo no creo en S. S. a la lealtad con que todo caballero debe conducirse cuando da un consejo, sabiendo que la responsabilidad pesa, no sobre la Reina a quien se aconseja, sino sobre la persona que aconseja y por autorizar el acto, cuya ejecución aconsejó. Probado, pues, que la responsabilidad por este acto pesa solo sobre el señor ministro que aconsejó a S. M., voy a recorrer las consecuencias que de este acontecimiento deben deducirse y la situación que ha creado el mismo acontecimiento.

Aquí se ha sentado como principio de gobierno que ha de haber un consejo irresponsable, y yo ruego a todos los que escuchan, que vean de cuánta importancia es esto. Aquí se ha dicho que los ministros han de servir solo para hacer el ridículo papel de firmar lo que otros acuerden, cargando con la responsabilidad de ello. Si esto se hubiese dicho así de una manera amistosa, pudiera atribuirse a un error del momento, hijo del acaloramiento del debate; pero no es así; no ha sido una cosa aislada; esto coincide con otras muchas, y respecto de las cuales debo decir mi opinión. Yo veo que eso es la base, el cimiento de unos muros que empiezan a levantarse, y cuanto diga a continuación, lo probaré con hechos, con datos y documentos de cuya verdad no puede dudarse; advir-



viendo que cuanto diga, no puede dirigirse a personas determinadas; mi ánimo no es ofender a persona de ninguna clase, solo me propongo decir la verdad, cumpliendo con un sagrado deber, que no puedo dejar de cumplir. Yo veo que además de esa idea del consejo irresponsable, en algunas provincias por las autoridades reacciones, y lo que es más extraño, por las autoridades militares se trata de atacar y se ha atacado de hecho la libertad de los ciudadanos. He aquí la prueba de ello (muestra un papel). En la mano tengo copia de un acta que también está en el ministerio de la Gobernación de una sesión celebrada por las autoridades militares de Sevilla, intendente y jefe político, con acuerdo además de varios jefes de regimientos. En este documento se dice (lee parte de dicho documento según el cual acordaron por unanimidad las autoridades y jefes anteriormente nombrados que el jefe político de acuerdo con el capitán general, designase las personas a quienes debía hacerse salir de la provincia de Sevilla, y que la opinión pública señalase como iniciadas en proyectos de reacción, haciéndose presente al gobierno para su conocimiento y aprobación). Esta acta, señores, la firman el capitán general, el jefe político, el intendente, el segundo cabo, el subinspector de artillería, un jefe particular que se hallaba allí; el comandante de ingenieros, el brigadier del regimiento de Aragón, y el coronel del regimiento del Rey. Ya ve el Congreso que este documento, que es auténtico, no puede menos de escandalizarnos y sorprendernos. Ha llegado el tiempo ya, de que autoridades que no tienen misión de gobernar, se reunan para juzgar de lo que ellas crean la opinión pública, y según esta, designar las personas que deban hacerse salir de aquella provincia. Esto es un escándalo (con exaltación) y sobre el cual alzaría mi voz cuanto pudiera, aunque mirara delante las gradas del pabullo. Sin embargo, debo decir para honra del gobierno provisional, que luego que tuvo conocimiento de este acuerdo, dió las órdenes oportunas y terminantes para que semejante cosa no se ejecutara; pero aun cuando este gobierno lo haya evitado, no por eso se desvirtúa mi argumento de que hay semejante pensamiento. Y si en el gobierno provisional hubo un ministro de la Gobernación que liberal por principios pudo evitar que se realizara semejante iniquidad; yo no puedo responder de que haya siempre un ministro que pueda obrar así; pues si semejante seguridad yo la tuviera, no clamara contra ese pensamiento; pero por desgracia yo no tengo esa seguridad, y voy a decir también por qué no la tengo.

(El orador manifiesta con efecto los motivos de su desconfianza fundados en las destituciones de jefes políticos que el gobierno está efectuando, reemplazándolos con personas que inspiran confianza a S. S. y en la separación de varios individuos del supremo tribunal de Guerra y Marina, que calificó S. S. de altamente ilegal y contraria al artículo 66 de la Constitución, que consigna la inamovilidad de los jueces. Concluye S. S. en estos términos).

Voy a concluir, señores, porque el Congreso estará fatigado y yo también lo estoy. He demostrado que yo he combatido por la coalición, y que la he sostenido, y que si se ha roto no es mi culpa.

Creo haber demostrado acerbándose a la cuestión que nos ocupa y prescindiendo de cuanto tiene de personal, que ella produce graves cargos al gobierno; porque sin misión, sin orden de la Reina, cuyo requisito era indispensable, se ha iniciado aquí una cuestión altamente peligrosa y que cualquiera que sea su resultado no puede menos de producir males al país; porque el gobierno, aunque de orden de S. M. hubiera traído aquí esa cuestión, habría debido observar otra conducta y no empeñar este debate en los términos en que lo ha empeñado. Creo haber expuesto lo que a mí deber cumplir respecto a las opiniones emitidas en este lugar en cuanto a la marcha constitucional de los gobiernos, y establecidos los buenos principios que deben observarse; y por último creo que esas opiniones, esas doctrinas que aquí se han sostenido, unidas a hechos gravísimos que he indicado, hacen temer que se intenta, que se proyecta, que se empieza a realizar una reacción espantosa cuyas consecuencias yo desde este momento y en este lugar hago recaer sobre la cabeza de los ministros que la provocan, porque ellos son absolutamente responsables de los males que va a producir.

El Sr. SARTORIUS: Pido la palabra.  
El Sr. PRESIDENTE: Se la concederá a V. S. después, ahora va a preguntarse al Congreso si se reunirá en secciones después de la sesión.

Hecha esta pregunta el Congreso resuelve afirmativamente.

Continuando la discusión usa de la palabra  
El Sr. POSADA: El Congreso está cansado y yo no le molestaré por mucho tiempo; sin embargo, son cosas tan graves las que tengo que decir, que no puedo pasarlas en silencio.

Dijo el Sr. Olózaga en la sesión del 12 del corriente, hablando de mi persona, que yo había ido a su casa a ofrecerle el sacrificio de mis opiniones particulares. Yo digo al Congreso y digo al país que este hecho es completamente inexacto, y si el Sr. Olózaga estuviera presente, lo diría con otras palabras. Yo he ido a casa del Sr. Olózaga no como José de Posada, ni como individuo del Congreso de diputados, y he ido no para hacer abnegación de mis opiniones; sino para preguntarle lo que pensaba sobre la cuestión sobre el nombramiento de presidente. Por lo demás yo he dicho solo lo que cumplía a mi deber, y lo que vieron todos cuantos tuvieron la honra de hallarse en el convite de Palacio: si el Sr. Olózaga no ha podido prever en que consistía el tono y la buena sociedad, yo creo que no pueden estos sentimientos expresarse con palabras.

Siento que el Sr. Cortina se diese por agraviado de algunas palabras que pronuncié en mi discurso; yo respeto la historia de lo pasado y la referí verdaderamente sin malicia; si él creyó que yo hacía alusión a otros hechos, créalo muy enhorabuena. Hay, señores, un empeño en presentar al pobre diputado que tiene la honra de dirigir la palabra al Congreso como varío en sus opiniones, como si yo hubiera sido en otros tiempos fiel servidor del gobierno absoluto, y viniese a presentarme ahora como defensor de la libertad; como si yo hubiera dicho alguna vez que no quería relumbrones ni cruces, y me presentara luego con todas las cruces y calvarios que pudiera haber; como si yo algún día hubiera dicho que creería una calamidad que llegase la mayoría de S. M.; y después hubiese sido uno de los primeros en proponerla; como si yo algún día hubiese dicho que no sería jamás ministro, y hubiera admitido después este cargo.

Ha citado el Sr. Cortina lo que yo dije en la sesión del 28 de mayo acerca de la coalición, pero hay que notar que aquella coalición era para derribar al gobierno, para hacerle imposible, y la coalición de hoy es para fundar un gobierno, para dar al país lo que el país pide todos los días, es decir que el Sr. Cortina quería la coalición cuando era revolucionaria, y yo entonces no la quería; que el Sr. Cortina no quiere la coalición cuando es para fundar un gobierno y yo en este caso la quiero.

La teoría constitucional que yo he presentado habiendo sido reconocida por buena por el Sr. Cortina, no tengo que defenderla; pero es extraño que S. S. después de confesarla como buena no quiera verla puesta en práctica. Sería un escándalo, señores, que un partido hiciera una revolución para lanzar en masa de sus puestos a todos los magistrados y luego viniese proclamando con impudencia escandalosa que los jueces eran inamovibles.

El Sr. presidente del CONSEJO DE MINISTROS: Señores, habrá observado el Congreso el silencio con que el gobierno ha escuchado los distintos discursos que se han pronunciado en este debate. En muchas ocasiones hubiera pedido la palabra para contestar ora a los cargos, ora a alusiones más o menos graves que se han dirigido contra el gobierno de S. M. y particularmente contra el que tiene el honor de dirigir la palabra al Congreso. Sin embargo, desearos los ministros de acudir solo a la defensa de ciertas cosas que están sagradas y de no mezclarse en recriminaciones que por desgracia han resonado en este sitio, determinaron no hablar sino cuando la discusión estuviese abocada: yo creo que ha llegado este caso, y conviene por lo tanto responder a los cargos que antes se han hecho y restablecer algunas doctrinas, en mi concepto mal asentadas.

Examinando en general este debate encuentro que por una parte se ha sostenido la no exactitud del hecho que promueve esta discusión, fundándose en diferencias, en sospechas, en conjeturas que podrían hacer creer que un plan secreto, que una intriga, que una infame combinación era la verdadera causa del acontecimiento que todos deploramos; y por otra parte se han dirigido los argumentos a probar que era fácil, que era natural, que no había motivo para creer que no fuese cierto el suceso que ocupa la atención del Congreso.

Al recorrer esta escala larga, en que tanto unos señores

como otros se han estendido, ha habido los cargos y las indicaciones de que antes he hablado y a que creo deber contestar. Unos señores, como el Sr. Cortina, tomando la cuestión desde su origen, han venido probando cierta especie de consecuencia, cierta especie de firmeza, de estabilidad en determinados principios políticos muy respetables: otros, trasladando la cuestión al mismo terreno en que la puso el Sr. Cortina, han defendido a su partido de los cargos de acusaciones políticas que S. S. le había dirigido. Yo, señores, no me creo llamado a hacer justicia entre los defensores de cierto partido, y las acusaciones que se le hacen por otra parte; es decir que yo no puedo tomar la cuestión desde el punto en que la ha tomado el Sr. Cortina, sino desde aquel donde el Sr. Cortina y yo que somos amigos, hemos tenido alguna participación común en los negocios políticos.

El Sr. Cortina empieza por establecer que la coalición cuando empezó, y posteriormente hasta los últimos acontecimientos del verano pasado, no se verificó entre opiniones, entre principios designales, sino entre fracciones del partido progresista, y que no entró a formarla ninguna fracción del partido que se llama conservador.

El Sr. Cortina cita para esto la época en que atacó el ministerio González, se reunieron fracciones que parecían contrarias, pero progresistas; y pasando por esta época en que S. S. dijo con acierto todo lo que ocurrió, llega a las Cortes en que estaba representado el partido conservador, por un número, aunque corto muy respetable, de personas conocidas de todos que tuvieron parte en nuestras deliberaciones. Entonces se verificó una coalición real y verdadera, una coalición que no fue solamente de personas, porque yo me acuerdo de haber oído decir al Sr. Cortina en conferencias amistosas y que no llevaban el sello del secreto, que era muy poca, casi imperceptible la distancia que separaba los principios de su señoría, de los principios de aquellas personas que representaban el partido conservador. Dijo mas S. S., dijo que era muy poca la distancia que separaba sus principios de los principios que profesaba una gran parte del partido conservador; y tanto obraba en mí la autoridad del Sr. Cortina, que yo entré infinitas veces en el examen de esta cuestión con S. S., y concluimos convenciéndonos de que no era aquella una coalición de personas que profesaban principios opuestos, porque su señoría me decía a mí y a otros muchos que sus principios eran casi los mismos que los de una gran parte del partido conservador.

El Sr. Cortina mismo al tiempo que ha tratado ahora de presentar al partido progresista, al que S. S. pertenece y yo he pertenecido y creo pertenecer del modo que S. S. lo entiende; al mismo tiempo que trataba, repito, de presentar al partido progresista como muy unido y compacto, se olvidaba de una circunstancia que es preciso revelar, porque es necesario, para conocer hasta qué punto es el Sr. Cortina representante legítimo de todo el partido progresista. Es de notar, señores, que una gran parte de ese partido ha estado en muchas ocasiones en absoluta contradicción con las doctrinas de S. S. y le ha designado con epítetos que indicaban que S. S. estaba mas cerca de los principios conservadores que los de aquella fracción. Yo me acuerdo, señores, de una época en que no sobre principios de administración sino sobre principios políticos, fundamentales, constitucionales, profesaba el Sr. Cortina ideas opuestas enteramente a las de la fracción que se llama del Sr. López: me acuerdo que las personas que a esa fracción pertenecían, decían que la corona no debía tener voto, que debía reformarse la Constitución, y el Sr. Cortina al mismo tiempo profesaba y profesa un respeto profundo a la Constitución de 1837. Así pues, si ahora nos dice el Sr. Cortina que el partido progresista está uniforme y compacto con los principios que S. S. profesa, indudablemente se ha verificado alguna transformación, o debe existir esa división.

Señores, el mayor número de los que pertenecían al partido progresista rechazaba las ideas del Sr. Cortina, creyéndolas contrarias a la libertad, y nos disputaban los que las seguían los cargos de la mesa, que podrían conducirnos a establecerlos en el poder. Hoy, sin embargo, está el Sr. Cortina a la cabeza de aquellos que entonces nos rechazaban, luego O. S. S. ha cambiado o han cambiado los que entonces le alababan.

De esta profunda división del partido progresista ha nacido en mí un convencimiento íntimo de que no es posible, fundándose en las doctrinas de la mayoría del partido progresista como el Sr. Cortina desea y como deseamos muchos. El Sr. Cortina ha deplorado muchas veces conmigo esa calamidad, y por esto al Sr. Cortina no se le quería ver en el poder, sin embargo, que recibía de sus amigos todo el apoyo y todo el respeto que se merecía.

Si esto no fuese así, señores, cómo se explicaría que el partido progresista, constantemente en mayoría durante la larga época que ha mediado desde 1.º de setiembre no haya podido establecer en el poder a los hombres de la opinión del Sr. Cortina? Consiste esto en que el partido progresista en su mayoría no tenía esos principios: esta es la verdad, la pura verdad, no los tenía.

Ha habido vez en que nos hemos juntado todos los que profesamos las ideas del Sr. Cortina y solo nos hemos reunido trece o catorce o diez y siete, y nada mas, los demás nos eran contrarios y contrarios en todas las cuestiones. Yo apelo al juicio y a la conciencia de todos los señores diputados que me escuchan: que diga cada uno su opinión en materia de ayuntamientos, en materia de diputaciones provinciales, en materia constitucional y veremos que entre los principios del Sr. Cortina y los de cierta fracción del partido conservador hay efectivamente poca diferencia. Yo me atrevería a pedir al Sr. Cortina las leyes de ayuntamiento y diputaciones provinciales hechas por S. S.; pues bien, que cualquiera de las fracciones que han atacado a S. S. presente su ley de ayuntamientos, su ley de diputaciones provinciales, y su teoría constitucional, y yo se las doy al Sr. Cortina para que las acepte. ¿Dónde está, pues, ese espíritu compacto, esa marcha uniforme, ese cuerpo entero que no ha podido hacer nada en el poder porque ha venido después de las revoluciones? Lo que hay en esto, señores, es que el número de los hombres de orden y que ofrecían un porvenir seguro para el país, para la patria y para el trono, era muy corto y que estaban dominados por la mayoría.

Así vemos al Sr. Cortina que opinaba contra la junta central, y vemos a muchos del partido progresista que opinaban por ella; así vemos a muchos de este partido pedir que se quite el veto y hacer lo posible por conseguirlo, y al Sr. Cortina defender lo contrario; así vemos al Sr. Cortina que hasta cierto punto no admite ciertos principios que han servido de base a la última revolución, y deplora las consecuencias de las revoluciones, y al mismo tiempo una porción de personas que ahora están capitaneadas por el Sr. Cortina y que creen que la revolución no solo es un medio, sino que es un fin, que no viven sino en la revolución, que son revolucionarios de conciencia, hombres honrados que creen que la felicidad del país se ha de hacer revolucionariamente.

Explicado así como una parte del partido progresista ha venido por sus pasos contados a unirse, no solo personalmente, sino por los principios y por las ideas a ciertas personas del partido conservador, se comprende cómo las personas que creen estable esta unión de principios e individuos, no han querido faltar a ellas, porque según el Sr. López dijo con la vehemencia y la elocuencia que le caracterizan, en España no hay ningún partido capaz por sí solo de ocupar el poder y resolver las cuestiones que la situación presente ha suscitado. ¿Y en qué consiste esto, señores? Hay una causa muy poderosa para ello, y es que los partidos políticos en España estaban organizados para la interinidad que concluía: se disputaba en ellos, no sobre cuestiones determinadas, sino por llegar al poder; porque en una regencia se podía decir que mandan en el ministerio era reinar; y como la lucha era violenta y como se derramaba sangre, todo el mundo participaba de las pasiones y todos los partidos habían contraído compromisos graves que no podían abandonar. Llegó el caso de reconocer la situación, y los hombres de orden de todos los partidos vieron que debían hacer la abjuración respectiva de sus ideas exageradas, y los partidos se disolvieron.

Se disolvieron, señores, porque el partido conservador que proclamaba que en ningún caso se debía apelar a una revolución, apeló a una revolución: se disolvieron porque el partido progresista que sostenía que debía prolongarse lo mas posible la menor edad de la Reina a fin de hacer en este tiempo reformas en la administración, propuso que esa menor edad se acabase y llegase la mayoría antes que a su designio y tal vez a sus intereses conviniera. Es decir, que había una disolución en las ideas que formaban la base y el sistema de los dos partidos; y que podrá ninguna reunión de

hombres enlazar otra vez ideas que ya se han disuelto? El señor Cortina podrá contar con muchos diputados que ahora le sigan, pero lo que debe observar S. S. es si todos ellos piensan del mismo modo y claro está que si piensan ahora del mismo modo, han dejado de pensar lo que antes pensaban. ¿En dónde está por consiguiente ese edificio magnífico que ha construido el Sr. Cortina presentándonos al partido progresista marchando al paso regular para llegar al poder y sostener allí sus principios de orden y de porvenir? El día en que el Sr. Cortina llegue a alcanzar este poder, sus mayores adversarios serán muchos de los que hoy lo están sosteniendo.

La coalición fue por consiguiente de ideas, no fue solo de personas, y no vale decir yo tuve tal intención, yo dije tal frase, yo dije de tal manera las cosas que el día de mañana pudiera levantarme a decir que la situación no era mía; no vale eso; por que al lado de esos actos hay otros, está la intención, está el deseo de que sucediesen determinadas cosas, y cuando esta parte se ha tenido en los acontecimientos no se puede decir yo no tuve parte en la situación.

Habia por consiguiente una situación creada: en esta muchos han creído que debían reconstruir su antiguo partido; otros hemos creído que podríamos estar donde nos halláramos; los unos tuvieron alguna popularidad, nosotros hemos tenido cierta impopularidad; pero por esta impopularidad no debían abandonar la alianza que existe las personas que desde entonces no han faltado a ella.

En esto, señores, han ocurrido algunos acontecimientos, que no narraré porque son bien conocidos del Congreso. Durante estos acontecimientos se formó el ministerio Olózaga, y me será permitido que solo me ocupe de lo que haya podido tocarme, o que pueda tener alguna referencia conmigo.

A los pocos días de haberse formado el ministerio del señor Olózaga, el Sr. Presidente actual del Congreso me dirigió un aviso para que me presentase en Palacio, diciéndome que había sido llamado a la presencia de S. M. Ya por entonces tenía yo por medio de algunos amigos noticia de los acontecimientos que motivaban el llamamiento del Sr. Pidal a Palacio. Fui en busca de un amigo que era y es todavía vice-presidente de este cuerpo, nos reunimos en casa del señor Pidal, y desde allí nos trasladamos a Palacio y entramos en el despacho de S. M. y allí oímos de los labios de S. M. el acontecimiento. Señores, el Sr. Alcon, que en este momento se halla presidiendo la sesión del Congreso, se halló también presente, y yo deseo que S. S. hable en esta cuestión: yo invoco el testimonio de S. S., porque creo que es muy importante que el Sr. Alcon haga oír su voz en este debate: yo ruego al señor vice-presidente que diga francamente si el tono, las palabras y los ademanes que S. M. usó, no eran verdaderamente los del dolor, y también si cree que las palabras usadas por S. M. eran estudiadas o inspiradas.

No, señores, no refirió S. M. el suceso como quien recita alguna cosa de memoria, sino que su relación llevaba el sello propio de la persona a quien había sucedido. El señor Mon salí tan penetrado de la verdad, que las lágrimas estaban en los ojos de S. S. Y el Sr. Serrano que también oyó el suceso de boca de S. M. no ha referido algunas cosas; y es muy notable que cuando S. S. ha hecho relaciones minuciosas, ha sido muy notable, repito, que no haya referido cómo, de qué manera, con qué acento S. M. respondió a las preguntas que algunos señores le dirigieron sobre el grave acontecimiento que motivaba aquella reunión; y lo extraño, porque cuando se dicen las cosas es necesario decirlo todo. Jamás en las palabras de S. M. se ha podido descubrir esa especie de inspiración que se quiere suponer por algunos señores.

Se ha intentado citar en contra de la declaración hecha por S. M. y para convencer de que no era cierto el hecho, otros anteriores. Yo también si quisiera podía citar hechos anteriores que vendrían a convencer mas y mas a los señores diputados y a la nación entera de la verdad de lo que en el acta se contiene: yo podría citar hechos que lo manifestaran palpablemente. El mismo Sr. Serrano me ha manifestado en conferencias amistosas, sucesos que podrían hacer ver lo posible de que se cometiese ese atentado; y yo se que de la boca del Sr. López se han escapado alguna vez palabras en el mismo sentido. Acontecimientos y nuevos, señores, como he dicho podría yo también traer aquí, que demostrarían la verdad de lo que dice el acta. Ni es la primera vez a que me he referido, en que el Sr. Serrano me manifestó sus temores de que a la Reina no se la trataba con todo el decoro que su alta dignidad exige. Yo apelo al juicio y al testimonio de S. S. ....

El Sr. SERRANO (levantándose de su asiento y con calor): No es verdad eso. (Profunda sensación).

El Sr. ministro de ESTADO (después de un momento de silencio y visiblemente alterado): Fuera de este sitio debo yo contestar a eso. Cualquiera que me conozca, señores, sabrá que yo no soy hombre que puede faltar de esa manera a la verdad.

Yo quiero, sin embargo, preguntar todavía al Sr. Serrano, y dudo que lo diga ahora con franqueza, no obstante de que después S. S. y yo hablémos de este asunto, si estando en un convite en Palacio no me dijo que la conducta observada por el Sr. Olózaga no era la que convenia observar con S. M.

El Sr. SERRANO (desde su asiento): No me acuerdo.

El Sr. ministro de ESTADO: ¿No se acuerda el Sr. Serrano que después de haber estado hablando conmigo sobre este asunto pasó a hablar en el mismo sentido con una elevada señora que allí se encontraba también? ¿No se acuerda que el lo dijo también a un señor diputado que se hallaba presente y que hoy no está en estos bancos, el Sr. Ros de Olano? Este es un acontecimiento de que S. S. no podrá negar la verdad y del que hay testigos. Yo respeto la posición en que el Sr. Serrano se encuentra. (El Sr. Serrano, gracias.) Yo pudiera también citar otros hechos que vendrían en corroboración de la verdad de lo que en el acta se dice, y que yo estoy en el caso de sostener, porque lo creo verdadero.

El Sr. SERRANO (desde su asiento): Yo también.

El Sr. VICE-PRESIDENTE: Orden.

El Sr. SERRANO: Pido la palabra.

El Sr. VICE-PRESIDENTE: A su tiempo la tendrá V. S. pero hasta entonces no puede V. S. interrumpir al orador.

El Sr. SERRANO: Pues pido la palabra para hablar cuando me toque.

El Sr. VICE-PRESIDENTE: La tendrá V. S.—Continúe V. S. su ministro.

El Sr. ministro de ESTADO: Repito, señores, que aquí se han hecho indicaciones para contrariar la verdad de lo que en el acta se dice y yo podría también citar aquí otras indicaciones que han llegado a mi sabiendo de las personas que se sientan en esos bancos (los de la izquierda). Señores, el incidente que el Congreso ha presenciado, ha podido distraerme algunos momentos del objeto que me había propuesto: no será motivo bastante para que por mas tiempo me distraiga y deje de continuar contestando a los argumentos que por algunos señores se han espuerto.

Ha atacado el Sr. Cortina al ministerio actual, y muy particularmente a la persona que habla ahora, por haber traído a este lugar el acta de la solemne declaración de S. M. Yo debo contestar, señores, que era mi deber traer aquí esa acta; puesto que ya había hecho una indicación al Sr. Presidente del Congreso, firmada por 62 señores diputados, y escrita, por cierto, de letra del señor Cortina.

El Sr. CORTINA (desde su asiento): No es letra mía. (Rumores en diversos sentidos.) Yo no he escrito ni firmado ese papel.

El Sr. conde de las NAVAS: Yo quisiera que el Sr. Cortina leyera el papel a que se ha referido.

El Sr. CORTINA: El Sr. Serrano lo tiene.

El Sr. VICE-PRESIDENTE: Orden; ahora no puede leerse nada. El señor ministro está en el uso de la palabra.

Una voz: Se leerá; se leerá.

El Sr. ministro de ESTADO: Yo conozco bien la letra del Sr. Cortina, he creído descubrirle en el papel firmado por los 62 señores diputados, pero una equivocación de letra no quiere decir nada. (Risas.) Parece que hay propósito, señores, de interrumpir mi discurso, pero estoy dispuesto a seguir hasta el fin, por mas obstáculos que se quieran presentar. Yo sabía que iba a tratarse aquí de ese hecho, y una prueba de los motivos que yo tenía eran exactos, es que cuando llegué yo a este sitio, ya se estaba tratando de él, y estaba hablando el Sr. Olózaga. Estaba ya empezando el debate. ¿Y cómo, señores? en forma dubitativa. Se decía por algunos que había habido una intriga, que se habían inspirado a S. M. las palabras que había pronunciado, y esto mismo se ha dicho después. Pues, bien, yo debí entonces tomar el acta en que estaban escritas las pa-

labras de S. M., para que al verlas en este documento solemne nadie pudiese ya dudar; y si no lo hubiera hecho así, hubiera creído faltar a mi deber.

Se hace un crimen al ministro de Estado por haber traído aquí el acta; y no se clama contra el crimen del atentado. ¿Se dice que se entablara la acusación contra el ministerio y el que esto manifiesta no tiene labios para acusar al que dio lugar al acta con el acontecimiento? ¿Se dice que se acusará al ministro porque sin autorización de S. M. ha traído el acta al Congreso? Yo recordaré al Sr. Cortina un antecedente que destruye toda la doctrina sentada por S. S. respecto a la necesidad de que los ministros estén autorizados para ciertos actos.

En cierta época un ministro, el Sr. Hompanera, quiso retirar en el acta de la discusión, un proyecto de ley, y de los bancos de los conservadores salieron algunas voces preguntándole si tenía autorización previa de S. M. para ello, y disputándole el derecho de retirar el proyecto en caso de que no estuviera competentemente autorizado; los partidarios del Sr. Cortina se levantaron entonces a sostener la decisión del ministro, alegando que no necesitaba semejante autorización. Esto si no toca al Sr. Cortina en punto a contradicción, toca mucho a los que hoy piensan como S. S. y en aquella época defendieron al ministro que quería retirar el proyecto. Además, señores, yo voy a probar que esa autorización que el Sr. Cortina reclama no es necesaria.

Si S. M. tiene confianza en el ministro, es claro que este no necesita tal autorización. S. M. sabe que el acta se ha presentado en el Congreso; S. M. sabe que el Sr. Cortina ha pronunciado un discurso acusando al ministro, y claro es que si la voluntad de S. M. hubiera sido suplantada, hubiera ya retirado su confianza al ministro que presentó el acta contra su voluntad. ¿Quién ha dicho al Sr. Cortina que los documentos instructivos no pueden traerse aquí mas que de real orden?

Dice el Sr. Cortina que con impremeditación y sin el detenimiento bastante se ha traído el acta; yo pregunto ahora, si no se hubiera traído, ¿qué hubiera dicho S. S.? ¿No se hubiera pedido que viniese? Se dice ahora que se acusará al ministro que ha traído a la discusión el nombre de S. M. No es el ministro que trajo el acta el que ha colocado el nombre de S. M. en la discusión, ni es el que debe cargar con la responsabilidad. La responsabilidad será del primero que promovió esta discusión, del primero que habló en cierto sentido, del que con su conducta ha dado lugar a estos sucesos. Véase, pues, señores, como la acusación indicada por el Sr. Cortina, esa acusación fulminante que iba a dirigirme, es una acusación que carece de fundamento y no puede llegar a tener efecto.

Ha dicho el Sr. Cortina otras muchas cosas contra el ministerio, algunas de las cuales no son relativas al que yo desempeño, y siento mucho que no se halle presente el señor ministro a quien corresponde contestar. Otras tienen relación con la marcha general del gobierno; y voy a hacermelo cargo de ellas. Dice S. S. que se hacen destituciones y que se reemplazan en cierto sentido algunas autoridades. Yo voy a decir las razones que el gobierno tiene para obrar de esta manera.

El Sr. Cortina quejándose de las destituciones, afecta no saber que esas personas cercenadas pueden por sus relaciones con otras ser causa de que en algunos puntos se altere el orden y la tranquilidad. (Los Sres. Aylón y Corradi piden la palabra.) No aludo a los señores que han pedido la palabra. Yo tengo noticias de que desde Madrid se ha escrito en sentido contrario al orden y tengo medios y escritos para probarlo.

Varios señores: A verlos, a verlos.

El Sr. ministro de ESTADO: Parece, señores, que escucho mucho mis palabras. Lo repito: tengo pruebas que convencer de que se intentan nuevos atentados contra la tranquilidad pública. Además el gobierno tiene las comunicaciones que respecto a los sucesos de que se ocupa el Congreso ha recibido de los jefes políticos; y ha visto que si algunos le ofrecen francamente su cooperación y su apoyo, otros se limitan a las expresiones meramente de complimiento y aun en algunos se leen periodos que no deben ponerse en documentos de esta naturaleza. El gobierno, que es el responsable del mantenimiento del orden público, ha tenido que echar mano de hombres que merecen enteramente su confianza y de los que está seguro que no consentirán que donde estén ellos mandando se altere en lo mas mínimo el orden, porque está resuelto a todo trance a que esto se observe por todos. (Aplausos, bien, bien.)

También se ha hecho oposición al gobierno por la manera d por el modo con que destituye y nombra los empleados públicos. Este cargo, señores, es tan infundado como todos los demás. Todas aquellas personas en las cuales el gobierno tiene confianza, como que es libre, las emplea en los destinos que tiene por conveniente; usando del derecho que a todos los gobiernos les asiste. El lado por donde se pueda atacar al gobierno, las razones que para ello se tengan, se han de sacar de la marcha que siga y de los pensamientos que manifieste en los proyectos de ley que presente, y en los que se discutan en los cuerpos colegisladores; y en ello tengo la seguridad de que será bien fácil de que nos entendamos, porque estoy persuadido de que profesa en política ideas muy semejantes a las que he oído expresar a los señores que ahora se muestran enemigos del ministerio.

Se ha hablado asimismo de la inamovilidad de los jueces y de los magistrados, diciendo que el gobierno la ha invadido. Esto, señores, es cosa que han hecho todos los gobiernos, y de que no puede prescindirse en circunstancias tan críticas como las que hemos pasado.

Pero mirando la cuestión bajo otro punto de vista, dijo el Sr. Cortina que el actual gabinete no era mas que un puente, un escalón por donde pudieran subir otras personas. En primer lugar no hay ningún ministerio que no sirva de puente al ministerio que ha de venir; y en segundo, extraño mucho que el Sr. Cortina haya dicho eso, cuando perteneció a un ministerio formado en época muy delicada y muy peligrosa, y fue indudablemente el puente por donde llegó a establecerse la regencia. A pesar de esta acción de S. S., y del pronóstico que nos ha hecho, pudiera muy bien suceder que este ministerio no sirviera de puente en el sentido en que se ha querido decir esta palabra, porque hiciera reformas y mejoras que no se han hecho hasta aquí, y que el gobierno imaginaria sin embargo.

Yo habría deseado que las interrupciones ocurridas hoy no me hubieran desviado del propósito que tenía al empezar mi discurso y hubiese rebatido uno por uno todos los cargos que contra el ministerio se han presentado. Pero el Congreso conocerá que hay circunstancias que impiden que un hombre que tenga sensibilidad en el alma pueda expresarse con la tranquilidad, con la calma y con el orden que a mí me convenia. Ese suceso ha borrado de mi memoria la mayor parte de las ideas que había reunido para dejar en buen lugar al gobierno; sin embargo, creo haber demostrado:

1.º Que el pensamiento del partido que el Sr. Cortina ha querido presentar como compacto, como conforme, no es enteramente común a todos los que en él existen.

2.º Que entre las ideas que el Sr. Cortina defiende y las que defienden otras personas del partido contrario según S. S., tampoco hay grande distancia.

3.º Que si sobre un hecho notable pueden aducirse razones en contra de su veracidad, también se pueden presentar y se han aducido razones y pruebas en favor de ella.

Por ahora creo que debo limitarme a lo dicho; y al mismo tiempo suplico al Congreso que cuanto antes si lo tiene por conveniente de por fenecida esta grave cuestión. Se ha hablado en ella, yo creo que lo muy bastante; es ya hora de cortarla de una vez o de otra manera para poder aprovechar el tiempo en otras cuestiones mas importantes para el país, pues aunque esta sea importantísima para la persona que en ella está interesada, lo son también las leyes que la nación ansia ver establecidas y que el gobierno desea presentar y ver sancionadas.

El Sr. PRESIDENTE: Se suspende esta discusión.

El Sr. SERRANO: Sr. Presidente, pido la palabra.

El Sr. PRESIDENTE: ¿Para que, Sr. Serrano?

Muchas voces de todos los bancos: que hable, que hable.

El Sr. PRESIDENTE: Tiene V. S. la palabra.

El Sr. SERRANO: Pocas diré, señores, las mas precisas para dejar mi persona en el lugar que le corresponde. Me ha dicho todo lo que tenía que decir con mesura, con el decoro y con la dignidad que corresponde a un español amante de la Reina y de su patria; pero al ver que aquí se pone en duda la reverencia, el acatamiento con que miro a la Reina de los españoles, mi indignación sube de punto (votación). No, no. Desde que tengo uso de razón, señores, estoy acostumbrado



revelar y a servir fielmente a mis reyes; he servido con lealtad y respeto al rey absoluto durante tres años; he servido con la misma lealtad y acatamiento a Doña María Cristina durante todo su gobierno. He servido con la misma lealtad a Isabel II, por ella he derramado mi sangre en los campos de batalla; la servi constantemente, y primero me decapitaron en la plaza pública que fallar a ese respeto en un momento. El gobierno no ha tenido motivo ninguno para quejarse de Serrano; el diputado que habla, no le hace a Serrano la oposición, porque pensaba dejar bien en su conciencia estos escándalos; de consiguiente queda sentido que es una provocación ilegítima, impropia, indigna de este sitio, y mucho más, señores, apoyándose ese gobierno o respaldo en el partido moderado, que en su mayor parte de él mismo se pagaría un tributo de reconocimiento, de gratitud y de afecto por lo leal, fiel y noblemente que ha servido al gobierno, y por las consideraciones que le he merecido como militar.

Yo se sobre todo ser agradecido: el señor ministro de Estado ha abusado aquí de la amistad mas íntima y yo no puedo pasar eso en silencio. Lo repito de la manera mas solemne, mas clara, mas terminante, mas breve, no recuerdo ni una palabra recorda ningún hecho de la amistad privada. No me acuerdo de haber tenido sospechas de haber dicho nada que se pudiera suponer como malo y perjudicial.

Tenase entendido que nunca me ha guiado el espíritu de partido; que en todos los partidos veo bienes y males; que en todos los partidos encuentro hombres rectos y probos, capaces de hacer la felicidad del país y amantes de su patria. Queda, pues, sentido, que aunque tenga que sostener un lance de honor fuera de aquí, no dire nunca, no contare jamás lo que en conversaciones particulares haya manifestado.

El Sr. GONZALEZ BRAVO (presidente del consejo de ministros): En primer lugar no se ha puesto en duda la decisión del general Serrano por la monarquía y por la Reina que felizmente ocupa el trono de San Fernando. Se ha advertido una cosa que no he sido yo quien la he notado. Se ha advertido, que hablando S. S. el otro día de la persona de S. M., que refiriéndose a su palabra, con mucha veneración y respeto en duda, no le dio la importancia que parecía natural que le diera.

Dice S. S. que no quiere recordar conversaciones particulares. Aquí se ha hecho uso de cosas particulares tambien para probar la no veracidad de lo contenido en el acta, y era muy natural que para probar su certeza, yo refiriese tambien esas circunstancias particulares.

El Sr. Serrano dice que aquí no se acuerda de eso, que le rechaza S. S.; puede rechazarlo tanto como guste, pero quiero decirle que hubo otra persona que lo oyera, y que le hecho uso de ello porque lo he creído conveniente. Yo siempre he sido defensor y lo seré de la lealtad del señor Serrano, pero aunque antiguo amigo suyo, esto no impide que nos busquemos, que nos hablemos particularmente con este objeto, y si es posible nos entendamos.

Repito que nunca he puesto en duda la lealtad del Sr. Serrano, que es conocida del gobierno y del Congreso, pero las palabras que yo he referido de S. S. las ha oído una persona que está frente de aquí, yo que...

El Sr. MORENO LOPEZ: Sr. Presidente, han pasado las horas de reglamento, y pido que se prorogue la sesión. Preguntado si se prorogaba, se acordó por la negativa.

El Sr. Gonzalez Bravo quiere continuar usando de la palabra. Tambien manifiesta con empeño querer hablar el señor Serrano, pero la mayor parte de los señores diputados insisten en que no se le acordado la prórroga, que además, debe el Congreso reunirse en secciones, y que por lo tanto se está en el caso de levantar la sesión, y el señor Presidente la cierra en efecto.

Eran las cinco menos cuarto.

# EL HERALDO.

## MADRID.

VIERNES 15 DE DICIEMBRE.

Bajo mas de un aspecto es enojoso para nosotros haber de ocuparnos un día y otro día de la grave cuestión que se está eternizando en el Congreso, dando diariamente lugar a ocurrencias desagradables que afectan profundamente nuestra sensibilidad. Tristes resultados está produciendo el haber hecho cuestión de partido una cuestión de decoro, el haber convertido en acontecimiento político un delito que todas las parcialidades deberían haber condenado. Y no es este el único yerro que la fracción exaltada ha cometido; porque hay que agregarle el haber prolongado una discusión que apenas debiera haber durado dos días.

Lo ocurrido ayer en el Congreso justifica nuestro juicio. Había hablado el Sr. CORTINA, de cuyo discurso nos haremos cargo otro día, y se hallaba en el uso de la palabra el Sr. GONZALEZ BRAVO, presidente del consejo de ministros. Empezó S. S. por rebatir de una manera victoriosa al diputado sevillano respecto a la índole de los partidos beligerantes, haciendo de ellos una historia exactísima, y demostrando un hecho importante a saber, que el partido progresista en cuyo nombre habla el Sr. Cortina, está muy lejos de ser un partido compacto y mucho mas un partido de gobierno. El orador pintó la izquierda con vivísimos colores y algunas pinceladas ligeras y delicadas sirvieron para hacer tambien el retrato del Sr. CORTINA.

En esta parte de su discurso estuvo el orador como nunca lo hemos oído. Pero acometió la cuestión principal que ocupa a España entera, refirió los hechos que él había presenciado, y cuando invocaba el testimonio del Sr. SERRANO, recordando que el general mas de una vez había estrañado la conducta del Sr. Olozaga en Palacio, conducto que tarde o temprano habia de producir algún suceso desagradable como el de la noche del 28; cuando en el tono del mas cordial afecto apelaba el Sr. BRAVO al testimonio de su amigo el general SERRANO con acento austero y voz fuerte pronunció estas palabras: NO ES VERDAD! Esta sorprendente denegación que a nadie mas que al general SERRANO perjudicaba, fue recibida con fútil por personas cuyas intenciones y tendencias no queremos calificar; con dolor y hasta con indignación por otras.

Que había movido a un hombre leal y caballeroso a proferir una frase que a la primera impresión dañaba una causa santa, una causa que no puede menos de abrazar el país? Por qué negar un hecho confesado ha pocos días delante de varias personas? Lo ignoramos. Acaso el señor SERRANO se había ofendido de que el ministro hubiese notado no sin algún tinte de extrañeza, que al referir hace dos días el general los sucesos graves que tienen relacion con el desatado, no hubiese expresado en una narración tan minuciosa, la sensación que

en el produjeron las palabras de la REINA cuando por primera vez oyo de sus augustos labios los pormenores del triste suceso. Tal vez el Sr. SERRANO creyese, aunque sin fundamento, que se ponía en duda su lealtad, sino es ya que el ex-ministro de la Guerra se agraviase de que viniesen al debate conversaciones privadas; pero entonces no ha debido culpar al Sr. BRAVO, porque antes el Sr. OLOZAGA se habia permitido esta licencia, y el mismo general SERRANO en la sesión del martes refirió cosas de la misma índole. Sirva de ejemplo cuando manifestó que la noche del 29 un moderado le llevó a su casa la minuta de los decretos para exonerar al Sr. OLOZAGA, de lo cual podría inferirse sin razón ni verdad que esos decretos habían sido obra del partido conservador.

El hecho es que un amigo particular del Sr. SERRANO, por sí y ante sí y mas o menos oficiosamente, se avisó con S. S. aquella noche como lo hacia frecuentemente, y creyó oportuno aconsejar al Sr. SERRANO que los decretos fuesen concebidos en aquella forma. El general los adoptó, y adoptándolos los hizo suyos, mayormente cuando S. S. es un personaje importante y con el discernimiento suficiente para obrar por sí. De cualquier modo, el Sr. SERRANO contó este hecho que hemos citado, y vease como a la discusión se han traído cosas privadas, que acaso podrían haberse escusado, porque para sostener una buena acción no necesitaba el Sr. SERRANO, ni esa habrá sido su intención, descargar parte de la responsabilidad sobre quien no tenia mas carácter que el de amigo o consejero.

Lo cierto es que las palabras salieron de boca de S. S. en un momento de calor é irreflexión; pero sea que S. S. notase el efecto que habían producido, contra sus deseos, ó por otra razón cualquiera, las rectifico a poco, pues precisando los hechos el Sr. GONZALEZ BRAVO é invocando el testimonio de un ausente, el señor SERRANO exclamó en el mismo tono, aludiendo al suceso que se le recordaba: "NO ME ACUERDO." Pero quien no se acuerda, no puede decir si un hecho es falso ó verdadero. La ilusión de los que maliciosamente querían sacar partido de aquella ocurrencia, se desvaneció completamente, cuando a poco el Sr. BRAVO dijo que había quienes dudaban del dicho de S. M. por que entonces el general profirió con vehemencia estas palabras: "YO LO CREO, YO JAMAS HE DUDADO." Ni jamás podríamos haberlo presumido nosotros.

Ultimamente el general SERRANO usó brevemente de la palabra, se quejó con fuerza y energía de la cita del Sr. BRAVO, porque segun manifestaba S. S. de nada privado se acordaba allí. Importa mucho para la cuestión que se ventila, dejar consignadas las palabras pronunciadas ayer; por si acaso hay quien las interprete en provecho propio, por si acaso hay quien quiera deducir que el general SERRANO ha atenuado lo mas mínimo la gravedad del suceso referido por S. M. En este caso, el general SERRANO seria el primero a aclarar la verdad.

Era natural que el ministro de Estado se afectase dolorosamente al escuchar aquellas palabras que por mas de un estilo debían desgarrarle el corazón. El señor BRAVO no obstante su profunda conmoción de la que muchos de los circunstantes participaban, y recojiendo antes decorosamente la ofensa, como le cumplia, prosiguió su discurso, y tuvo todavia energía bastante para atacar a la izquierda y arrancar muestras de aprobación de una parte numerosa del auditorio, al justificar las variaciones que está haciendo el gobierno en el personal de la administración. S. S. espuso los motivos justísimos para proceder así, y esos motivos son valederos, son plausibles.

Nosotros seremos los primeros en vituperar, sean amigos o enemigos, a quienes intenten reacciones; porque abrigamos una convicción profunda, y es que no se necesitan medidas reaccionarias, y antes al contrario perjudican, para la conservación del orden y para hacer respetar las leyes. Para esto bastan la fuerza pública y el auxilio de la opinion sensata. Entereza es lo único que pedimos al gobierno, no reacciones.

El suceso de ayer debe servir de aviso a unos y otros; mientras no se resuelva la cuestión de mensaje, se halla muy espuesto el decoro del Congreso, en cuyo seno son de temer escenas lamentables y escandalosas. ¡Ojalá que todos los diputados de la nación lo conociesen, y hoy mismo votaran la proposición que se discute!

En cuanto al general SERRANO, se han cumplido nuestros vaticinios secretos. Desde que vimos que se colocaba en una situación difícil, insostenible desde que observamos que abrazaba la bandera de un partido que niega ó pone en duda lo que el Sr. SERRANO, como caballero y hombre de conciencia afirmaba, previmos graves disgustos para S. S. y tambien para los que como él piensan y sienten en esta cuestión. El general SERRANO ha elegido el peor medio que podía escoger. Nosotros poniéndonos en su lugar, ó desde luego nos hubiéramos colocado en el centro, donde la bandera de la coalición ondea, ó hubiéramos pedido a los nuestros que no convitiesen en cuestión de partido lo que en manera alguna debia serlo.

El Sr. SERRANO ocupa despues de los últimos sucesos una categoría mas elevada que la de un mero soldado en las filas del progreso. El Sr. SERRANO podía imponer condiciones, tenía derecho y antecedentes para impedir una marcha, al menos en el presente caso, a la izquierda. Y si la izquierda persistia tenaz en su propósito, quien se hubiera atrevido a censurar la retirada del general, cuyo crédito le viene de la opinion y no de los sufragios de una bandería apasionada?

Tampoco ayer asistió el Sr. OLOZAGA a la sesión.

Cuando no ha muchos días empezó a circular por Madrid la grata nueva de la próxima venida a España de S. M. la Reina Cristina, el *Eco del Comercio* levantó una voz fuerte y severa contra tal suceso, gritó alarma, dijo que una reacción espantosa se nos venia encima a pasos agigantados, y que era preciso que los buenos liberales se uniesen para hacer frente al despotismo. No contestamos a tan estupidas alharacas, tanto por falta de espacio, cuanto por creerlo inútil. ¿Qué habíamos de decir nosotros que la España no supiera, porque no puede olvidarlo nunca, en favor de esa augusta Princesa que la primera concedió el decreto de amnistia a los proscritos, que abrió las Cortes españolas, que inauguró el reinado de la libertad, del sistema representativo en España, que para no encender una guerra en esta nación desventurada, abandonó a sus hijas, condenándose a la mas impia proscripción? ¿Y por qué se la acusaba? ¿Porque madre amorosa, despues de tres años de ausencia, viene solo a abrazar a sus hijas!

Han pasado algunos días y hé aquí lo que ayer leemos en el mismo *Eco del Comercio*:

«Por personas bien informadas y que conceptuamos bastante instruidas en el negocio de que se trata, se nos ha dicho que la venida de S. M. la Reina Cristina tiene un objeto diametralmente opuesto al que nosotros nos figuramos.

Parece que S. M., recordando que el pueblo español, si bien amante de sus reyes, no consiente que se menoscaben sus garantías con tanta sangre conquistadas, y que en setiembre de 1849 se verificó una revolución para enseñar a los retrogrados que no es muy fácil contrariar los deseos de una gran monarquía, recordando, pues, que su regencia naufragó en aquel célebre acontecimiento provocado por sus ambiciosos consejeros, ha llegado a concebir temores de que los mismos hombres que la precipitaron entonces comprometan, con mayor motivo, el trono de su inocente é inesperada hija.

Los últimos acontecimientos corroboran aquella sospecha, y la prensa francesa nos confirma, por el partido que ha adoptado, que la política de aquel reino no está de acuerdo con la que siguen los moderados.

Si así fuese, como parece natural y posible, encontraría en nosotros un firme, decidido y desinteresado apoyo.

Estas palabras son bien significativas, y prueban el desinterés, la lealtad, y el patriotismo de nuestro colega, la verdad de sus declamaciones y la sinceridad de sus protestas. La Reina Cristina, viniendo a apoyar con su influencia en España el orden público, los principios monárquico-constitucionales, es una calamidad espantosa: los redactores del *Eco* la declaran guerra sin tregua, y anuncian la pérdida la libertad: la madre augusta de nuestra Reina, viniendo a influir en favor del partido progresista, a alejar del trono de su escelsa hija a los hombres que mas han contribuido a alzarla en él, encuentra la mas grata acogida, el mas decidido y desinteresado apoyo. Desgraciadamente para las esperanzas del *Eco* la escelsa Princesa tiene un talento, un alma bastante elevada, un juicio asaz claro para conocer bien lo que, al reposo, al bien, a la felicidad de España y de su augusta hija conviene. Y antes de concluir estas hijeras líneas, preguntamos al *Eco*, sin examinar aqui la verdad del hecho que asienta nuestro colega, si la prensa francesa, si la política de aquel reino no es favorable a los moderados, ¿cómo gritais todos los días, vosotros, los de la independencia nacional, que estamos vendidos a la Francia?

Los gefes políticos de Pontevedra, Barcelona, Huelva y Orense al acusar el recibio del acta real manifestaban que no solo en nada se ha turbado la pública tranquilidad en las provincias de su mando, sino que en todos sus leales habitantes tan inaudito desatado ha causado la mas profunda indignación.

Como un testimonio mas de la buena fe de que está dando cumplidas pruebas el *Eco del Comercio* vamos a copiar estas líneas que leemos en su último número:

Parece que en Barcelona ocurrieron algunos desórdenes la noche del 5 del actual, y que a su consecuencia se han mandado salir del Principado en un término perentorio todos los oficiales del ejército y milicia nacional que tomaron parte en el último alzamiento. Segun dicen, la esperanza de junta central no se ha perdido todavia para los barceloneses y no será extraño que los últimos sucesos, luego que sean bien conocidos, influyan en el animo de aquellos valientes para no renunciar a su propósito: calamidad que deploramos, porque solo servirá para mantener abierta una lucha y un espíritu de hostilidad contrario al sosiego que se necesita para consolidar las instituciones. *Ameller continúa firme en Figueras.*

Creemos en efecto que el periódico que mas que otro alguno ha pregonado la rebelión y el trastorno, deplorará que estos se repitan; pero debemos calmar la alarma de nuestro buen colega, a lo menos respecto a Barcelona, asegurándole que aquel leal pueblo solo ansia la paz, la tranquilidad y que a conservar el orden público están decididas sus corporaciones populares y la inmensa mayoría de sus habitantes. El *Eco* no tendrá que deplorar tremole en Barcelona una bandera rebelde contra la Constitución y la Reina.

Parece que ha sido ó será reemplazado en la secretaría de nuestra embajada de Paris el Sr. Hernandez. Varios diarios dicen tambien que lo será el Sr. Sancho, y que en su lugar irá a Londres el Sr. duque de Rivas, vice-presidente del Senado.

Anoche decía el *Castellano* que el Sr. D. Angel Calderón marchará a Roma en reemplazo del difunto señor Villalba. Hablase tambien del Sr. duque de Osuna para algun otro puesto diplomático.

Un periódico de la noche dice que en virtud del permiso concedido por el Congreso para proceder contra el diputado Sr. Calbo y Mateo, iniciado en la causa que se sigue sobre el asesinato intentado contra el general Narváez, ha sido este preso y conducido a los Basilio, por lo cual hace dos días no asiste a las sesiones. Lo mismo acontece al señor Olozaga.

Dícese que el brigadier Ros y Olano, comandante que ha sido de uno de los batallones de la milicia nacional de Madrid, será nombrado inspector de esta fuerza.

Exposiciones dirigidas a S. M. con motivo del desatado cometido contra su real persona.

MILICIA NACIONAL DE ALICIA.  
Señora:  
Los oficiales del batallón de milicia nacional de vuestra

villa de Alena, en el reino de Valencia, justamente indignados por el execrable atentado que con su idolatrada Reina osaron cometer hombres mal llamados españoles, felicitamos a V. M. por la entereza y heroísmo con que supo rechazar las pueriles sugestiones de criminales consejeros, evitando con ello los males sin cuento que iban a pesar de nuevo sobre esta desgraciada nación.

Los que suscriben, Señora, cansados ya de tantas revueltas como han sufrido, anhelan con justicia que suceda una era de paz y prosperidad; que un gobierno fuerte, elegido por V. M. haga conocer que en España la observancia de la ley es una verdad; que el delito es siempre seguido por el castigo, cualquiera que sea la categoría de la persona criminal, y finalmente, que dirigida la nave del Estado por V. M., en virtud de la deseada declaración de mayoría del memorable día 8 de noviembre, pueda alcanzar este desventurado suelo la felicidad que tanto desea, y tan digna se ha hecho a obtenerla. Acoga V. M. la hidalga manifestación que los oficiales de la milicia aliciana acaban de hacer interin estos quedaban rogando al cielo conserve la preciosa vida de V. M. dilatados años, para bien de este clásico país de la lealtad. Alcia 7 de octubre de 1845.—Señora.—A los R. P. D. V. M.—Siguen las firmas.

MILICIA NACIONAL DE LORCA.  
Señora:  
Los comandantes, oficialidad y demas individuos que componen el batallón de milicia nacional de esta ciudad de Lorca, han sabido con profundo sentimiento la violencia cometida por un ministro asaz ingrato en la cámara de V. M. la noche del 28 de noviembre último, y con este motivo cumplen con el mas grato de sus deberes, elevando al trono de V. M. sus sinceros votos de fidelidad y respeto. Los esponentes, amantes siempre del trono de V. M. y de la Constitución del Estado, confían en que con el leal apoyo de las Cortes y de la nación toda, justamente indignada por el atentado cometido, la ley será cumplida y desbaratadas para siempre las maquinaciones de los enemigos de la paz y del sosiego público.

Sirvase V. M. admitir con su natural agrado la franca y fiel cooperación de los esponentes que solo desean el bien merecido brillo del trono de V. M. y el sostenimiento y respeto a la Constitución jurada. Lorca 8 de diciembre de 1845.—Señora.—A. L. R. P. D. V. M.—El primer comandante, Antonio Perez de Meca.—El 2.º comandante, Francisco Ruiz Mateos.—El capitán de la tercera, Juan Bautista Borghon.—El de cazadores, José Parra.—El de la primera, Blas Eytier.—El de granaderos, José María Carrasco.—El comandante accidental de la segunda, Hipólito de Prolaran.—El ayudante, Federico Parra y Vilmos.—Los tenientes, Juan J. Molina.—Juan Diego Delgado.—Indalecio Navarro.—Francisco Antonio Vilches.—Juan José Gallegos.—José María Payatos.—Estanislao Levasseur.—Los subtenientes, José Antonio García de las Bayonas.—Mariano Sastre.—Augusto Saavedra.—Daniel Domínguez.—Juan Bautista de Campoy.—Higinio García Alarcón.—Antonio Belda.—El abanderado, José María Ladrón de Guevara.—Por la clase de sargentos, Felipe García Alarcón.—Por la clase de cabos, José de Vilches.—Por la clase de milicianos nacionales, Antonio Rojo Cámara.

Señora:  
El ayuntamiento constitucional de la M. N. y M. L. ciudad de Lorca ha sabido con el mas profundo dolor el execrable atentado que tuvo lugar en la Real cámara de V. M. la noche del 28 del mes próximo pasado, y se apresura a elevar al trono la expresión sincera de sus sentimientos y el mas cordial homenaje de su adhesión, fidelidad y respeto.

Si el genio infernal de la discordia osó mostrar su altivez y horribles formas para intimidar y sorprender la cándida inocencia de V. M.; si la deslealtad y la ambición consumaron el crimen de manchar con su contacto la púrpura de los reyes, y de sujetar la tierra, si bien poderosa mano que empuña el cetro de San Fernando, para convertirla en instrumento de malas pasiones; la nación entera que tantos sacrificios hiciera para salvar a su Reina, al ángel tutelar que dirige sus destinos, rechazará indignada y hundirá para siempre al que así fue ingrato con V. M. como engañador con el pueblo que en sus hombros lo elevara.

Los españoles todos, Señora, que al subir V. M. al trono de sus progenitores vieron estasiados brillar radiante una aurora de paz y de ventura, no perderán tan encantador recuerdo, y unidos cual un solo hombre, apiados al reledor del trono de V. M. y con la Constitución por guia, lanzarán de este suelo de leales a los que intenten combatir tan venerandos objetos.

Esta corporación, Señora, que conoce las altas virtudes de V. M., espera que admitirá benévola esta sincera manifestación de sus sentimientos, y que aceptará su franca y leal cooperación para la estabilidad del trono de V. M. y de las libertades públicas.

Casas consistoriales de Lorca a 8 de diciembre de 1845.  
A. L. R. P. de V. M.

El alcalde 1.º, Blas Eytier.—El alcalde 2.º, Alfonso Sanchez Sicilia.—El alcalde 3.º, José Parra.—Antonio Rojo Diaz, regidor.—Juan Diego Delgado, regidor.—Jacinto Belda, regidor.—Pedro Gil, regidor.—Juan Borghon, regidor.—Andrés Lopez, regidor.—José Guerra, regidor.—Claudio Perez, regidor.—Juan Bautista de Campoy, regidor.—Indalecio Navarro, regidor.—Francisco Antonio de Vilches, regidor.—Julian de Moya y Molina, síndico 1.º.—José María de Galvez, síndico 2.º.—José María Payatos, secretario.

Los gefes políticos de Pamplona, Salamanca y Granada, al acusar al gobierno de S. M. el acta real, manifestaban que la tranquilidad pública en nada se ha alterado en las provincias de su mando, y que sus leales habitantes han visto con el mas profundo desagrado el atentado cometido contra la Reina de España.

En el *Boletín del Ejército* leemos los siguientes párrafos:

Dos nombramientos deplora el *Eco del Comercio*, haciendo sendos comentarios sobre ellos y jugando como acostumbra con el gran bu (el despotismo); triste recurso y fallida consecuencia de todos sus raciocinios, temores y lamentaciones. Dejando a un lado el supuesto nombramiento del señor Cleonard, porque es falso absolutamente, nos ocuparemos del acertadísimo que ha hecho la Reina en el Sr. baron de Meer para Cataluña, y respecto al el preguntaremos al *Eco del Comercio*: 1.º Si entiendo por absolutistas a todos los que no son revolucionarios. 2.º Si el baron de Meer ha dado algun testimonio de absolutista nunca ni en su vida publica ni en su mando; y 3.º Si el *Eco* aborrece y desecha a todo hombre de prestigio, de orden y de conocimientos, para no reconocer mas que jamánicos como liberales y camo patriotas. Desgraciada patria, si cayese en manos de los protegidos del *Eco del Comercio*!

El baron de Meer durante su acertado mando en Cataluña tuvo a raya mas que ningún otro a los facciosos carlistas, que no progresaron ni vivieron; tal fue la ostinada persecución que sufrían por tan digno y sabio general; entonces el ejército de Cataluña estaba pagado al corriente; los hospitales y almacenes atendidos y provistos; el comercio y la industria protegidos, la propiedad respetada, y los catalanes seguros y contentos, gracias al gran crédito que disfrutaba el baron de Meer. Entonces los revoltosos eran reprimidos con mano fuerte, y los holgazanes y bandidos no medraban a la sombra del decantado liberalismo de charlatanería; entonces no había como hoy miles de honrados catalanes propietarios y ricos, emigrados en Francia, por el contrario, entonces huían de aquella tierra los revoltosos y malvados, mientras los pudientes daban sus caudales al baron de Meer para que hiciese la guerra a los ABSOLUTISTAS, porque el baron de Meer era, como es, liberal y amante de la Constitución y de la Reina, y enemigo de todo el que promueva motines y trastornos en perjuicio y descrédito de nuestras instituciones.



## Noticias de Cataluña.

Figueras 9 de diciembre.

(De nuestro corresponsal.)

La mas espantosa consternación reina en esta desventurada villa. Los vándalos han decretado su ruina y desde ayer por la mañana vomitan desde la plaza el estrago y la muerte.

Mas de doscientos disparos hicieron en todas direcciones arruinando varias casas de la población. Un terror pánico se ha apoderado de estos desgraciados habitantes, que todo lo abandonan para salvar sus vidas.

Anteayer á las nueve de la noche permitieron la salida de la plaza á todos los nacionales de Figueras que en ella habia, porque se opondia á que se hiciese fuego sobre la villa; pero el Sr. conde de Reus que no quiere transigir de modo alguno con estos infames asesinos, mandó que no fuesen recibidos, como así se verificó, de cuyas resultas hubo varios muertos y heridos: otros se dispersaron y algunos volvieron á ser admitidos por los de la plaza.

Se hicieron varios prisioneros entre ellos un tal Sieras, jugador de profesión y comandante de caballería de milicia nacional de esta, que es uno de los que mas han trabajado para crear esta situación.

Se sabe que los asesinos del castillo carecen de bastantes artículos de primera necesidad principalmente de leña y medicinas; y si se aprovecha esta circunstancia estrechando el bloqueo, se les puede poner en graves apuros; pero es indispensable que vengan mas tropas y que se empiencen á formar baterías inmediatas á la plaza para incomodarlos y apagar sus fuegos.

El día de hoy ha sido mas horroroso que ayer. A las nueve de la mañana ha empezado el cañoneo en todas direcciones, siendo seis las baterías que han jugado continuamente sobre la villa y demas puntos fortificados por las tropas sitiadoras.

Esta hermosa población no presenta mas que desolación y ruinas; y si el gobierno no procura poner pronto remedio á tantos desastres, no se que será de nosotros.

Ya no cabe transacción con estos viles asesinos, y sino se lanza un decreto formidable imponiendo desde ahora la pena de muerte á cuantos existen dentro de la plaza, la maldición del cielo caerá sobre los que consientan tantos crímenes.

El vice-cónsul francés ha subido hoy al castillo para implorar la clemencia de los incendiarios y bombarderos de esta ciudad, pero sus ruegos han sido despreciados.

El fuego de la plaza ha durado toda la mañana, causando bastante estrago en los edificios de esta villa; pero afortunadamente no ha habido mas desgracia que la de un soldado muerto.

Se asegura que el Sr. conde de Reus va á tomar medidas muy severas que pongan á raya á los asesinos; entre otras la de tener detenidas en esta á todas las familias de los vándalos que hay en la plaza; no para causarles daño alguno sino para ver si se logra que aquellos no arruinen la población.

Se han construido blindajes por todas las calles para que la tropa y pocos habitantes que quedan, puedan ponerse á cubierto de los proyectiles.

BARCELONA 11 de diciembre.

(De nuestro corresponsal.)

Nada nuevo ha ocurrido desde mi última. Han terminado las elecciones para diputados y senadores, y esperamos con la natural impaciencia, pero con absoluta confianza de triunfo, el día del escrutinio general.

Han marchado nuevas tropas para bloquear completamente á los rebeldes encerrados en el castillo de Figueras.

Esperamos con ansiedad ver lo que el Congreso resuelve en la cuestión del inaudito atentado cometido por el ex-ministro Olózaga, si bien ya los ánimos empiezan á irritarse al ver las contemplaciones que se guardan con el hombre que ha osado poner sus manos en la augusta Reina de España.

## Noticias de Zaragoza.

ZARAGOZA 15 de diciembre.

(De nuestro corresponsal.)

Di á Vds. en el correo pasado cuenta de los desórdenes que ocurrieron aquí la noche del 10, principio de la conspiración que no ha dejado de alentar en esta capital, que alienta hoy, que se muestra patente y viva; pero que cuanto será sofocada ahora y siempre que las autoridades quieran cumplir con su deber. Unidos estrechamente en ideas y deseos los señores capitán general, jefe político, ayuntamiento y la parte sensata de la diputación provincial, contando con una guarnición leal y decidida á verter la última gota de su sangre en defensa del orden público, contando tambien con la mayoría de estos habitantes ansiosos de paz y de reposo, aunque los enemigos encarnizados de la causa de la Reina tienen tambien grandes elementos, aunque se valen de todos los medios por vedados que sean para agitar los ánimos, aunque las leyes ordinarias son impotentes para castigar é imponer á los criminales, por mas que se sepan sus nombres y contengan sus maquinaciones, repito que la tranquilidad, ó no se turbará en Zaragoza, ó que si por desgracia lo contrario acontece, serán escarmentados para siempre esos hombres que juegan con la paz de los pueblos, con la vida de leales españoles. De esto nos responde lo sucedido la noche del 10, en que una mitad de infantería bastó para dispersar á los alborotadores solo con avanzar hacia los grupos. Las autoridades todas no descansan en el cumplimiento de su deber.

La militar ha dado una proclama destruyendo las calumnias que se propagan contra el ejército para indisponerlo con el pueblo; el ayuntamiento se ocupa sin levantar mano en lanzar de las filas de la milicia nacional los sujetos que deshonran el uniforme que visten, y el jefe político ademas de perseguir sin descanso los clubs, las casas de juego que son aquí los focos de donde salen todos los males, ha dado el bando que acompaño para recoger las armas de cuantos no deben tenerlas en su poder. Otras medidas se han tomado y se toman tambien para el afianzamiento del orden: de noche y de día hay la mayor vigilancia, y si como anuncian los revoltosos intentan un nuevo motin, repito, que les costará bien caro.

He aquí el bando que he citado:

GOBIERNO SUPERIOR POLITICO DE LA PROVINCIA DE ZARAGOZA.

Ciudadanos: El olvido de las leyes del reino produce su desmoronación, y que todos los malos se pongan á la merced de los peores á fin de suscitar y sostener perpetuamente el desorden con cuyos aullidos únicamente pueden mantener su iniquidad y propagarla y recoger frutos.

Anuncios, amagos y demostraciones de motines por gentes que parecen perdidas, se han realizado en esta capital. Menester es ponerles para siempre término; y se les pondrá.

Para evitar los males que los unos y los otros preparan á esta población pacífica y virtuosa, las leyes españolas que son de eterna justicia, tienen dado el remedio y el castigo.

A fin de reducirlos á ejecución con eficacia y éxito, he condecorado y puestome de acuerdo con todas las autoridades populares y del gobierno, y en su virtud recuerdo y dispongo por ahora lo siguiente:

Artículo 1.º El título 49, lib. 12 de la Novísima Recopilación, relativo al uso de armas prohibidas, está en su fuerza y vigor en su esencia con las leyes posteriores que tratan de la misma materia.

Art. 2.º El título 51 del mismo libro cuya legislación comprende á los vagos, jugadores, ociosos y mal entretenidos desde la mas ínfima hasta la mas alta clase del Estado cualquiera que sea su fuero, lo está igualmente y del propio modo.

Art. 3.º Estando dadas todas las disposiciones para reducir á prisión é imponer las correspondientes penas á cuantos contravengan á estas leyes sin distinción de categoría alguna; y se hallan adoptados los medios de que tengan al instante cumplimiento.

Art. 4.º La fuerza será dispada por la fuerza.

Zaragoza 15 de diciembre de 1845.—Mariano Muñoz y López.

## PARTE OFICIAL DE LA GACETA.

S. M. la REINA y su augusta Hermana la Serenísima Señora Infanta Doña María Luisa Fernanda continúan en esta corte sin novedad en su importante salud.

### MINISTERIO DE ESTADO.

A las dos del día de ayer el caballero Lagrúa, príncipe de Carini, tuvo la honra de poner en manos de la Reina las credenciales como enviado extraordinario y ministro plenipotenciario del rey de las Dos-Sicilias cerca de su real Persona, y con este motivo dirigió á S. M. el discurso siguiente:

«La proclamación de la mayoría de V. M., que ha asignado una nueva era de felicidad en su reinado, y llena de júbilo á toda la nación española, ha sido sumamente grata para S. M. el rey del reino de las Dos-Sicilias, mi augusto amo, en cuyo corazón nunca han cesado de existir los sentimientos de personal afecto que tanto interesan los vínculos de intimidad y parentesco que unen á las dos reales familias de España y Nápoles. Para manifestarlo así á V. M. se ha servido elegirme, con el especial encargo de fomentar mas y mas las estrechas y buenas relaciones que enlazan á las dos reales cortes.

Honrado yo por mi augusto amo con esta misión, en el acto de presentar las reales credenciales, que me acreditan con el carácter de su enviado extraordinario y ministro plenipotenciario cerca de V. M., la ruego se digne permitirme asegurarle que espero y deseo vivamente corresponder á la voluntad de mi soberano, procurando merecer por todos los medios posibles la confianza de V. M. y dándole constantes pruebas de mi particular respeto y del gran interés que siempre manifestaré por la augusta Persona de V. M. y de toda su real Familia.»

S. M. se dignó contestar lo siguiente:

«Acepto con especial placer la expresión de los sentimientos de amistad y de afecto que, con motivo de la proclamación de mi mayor edad, me transmite por vuestro conducto mi augusto Tío el rey de las Dos-Sicilias. Yo espero que los vínculos de intimidad y parentesco que nos unen serán de hoy mas indisolubles; y al recibir de vuestra mano las cartas credenciales con que vuestro soberano os autoriza, me lisonjeo de que la elección de una persona tan digna y recomendable no podrá menos de estrechar las buenas relaciones que para mutua felicidad de ambos países deben existir entre las dos coronas.»

## PARTE INDIFERENTE.

### Gaceta de provincias.

El Imparcial de Barcelona publica estas significativas líneas:

«Son de tal naturaleza los recuerdos que ha dejado en Barcelona esta institución, que á escepcion de algunas docenas de hombres que habiendo atrapado una charretera, ó que por medio del arma se proporcionaban alguna ganja, quizá no hay una persona que desee volver á ver armada la tan decantada milicia nacional.

Y cuidado que en este número entran blancos y negros, pobres y ricos, verdes y maduros: en una palabra todo aquel que no ha especulado con la tal milicia ó no desea sacar un provecho de ella aun.»

Leemos en los diarios barceloneses:

Entre los rasgos de verdadero patriotismo, de respeto y adhesión á la augusta Isabel que se dieron por varios de los señores que asistieron al brillante y concurridísimo banquete con que la clase militar celebró en la fonda de Oriente la solemne jura de la Reina, merecen citarse uno del esclarecido general Schely.

Tomando el ramo de flores que descollaba en lo alto del ramillete dijo: «Señores, que se lleve este ramo al señor alcalde primero constitucional, como una ligera muestra de la deferencia que nos merece el verdadero representante del pueblo de Barcelona.»

Y en efecto, no se equivocaba el valiente general Schely al asegurar que Barcelona se halla verdaderamente representada, y con satisfacción por el actual ayuntamiento y por el ilustrado é independiente magistrado Bertrán y Ros que está á su frente.

—TARRAGONA 7. Se está reorganizando en esta ciudad el batallón provincial de Gerona y á su frente vemos de comandante al célebre Guardiola, ayacuecho acérrimo y uno de los que siguieron á Zurbarán hasta los últimos momentos. Creemos que el digno inspector de milicias ignorará esto.

El lunes de esta semana estando de guardia en el fortín real se suicidó un soldado disparándose el fusil debajo la mandíbula inferior con que se hizo saltar la tapa de los sesos; parece fue efecto de haberle pegado el cabo de su escuadra. Verdaderamente causa lástima el poco miramiento con que se trata al pobre soldado.

—Con fecha del 4 nos dicen de Manresa:

Se dice han entrado de Francia, como unos 60 hombres armados que andan por la alta montaña; pero pronto serán exterminados, si antes no emprenden la marcha hacia el vecino reino; pues han salido tropas y nacionales en su persecución.

—Dignos son ciertamente de elogio los sentimientos que resplandecen en la siguiente carta que un gran número de honrados labradores de Alcaniz nos dirijen:

«Con indignación han visto todos estos pueblos del bajo Aragón la conducta..... del..... Olózaga; y lo que mas admira es el ver hay aun españoles que se atreven á defenderlo pretendiendo desmentir á la augusta Isabel, nuestra inocente Reina. Dado caso que escape Olózaga le aconsejamos no busque asilo en esta tierra, pues rabian de furor todos los pueblos y no le saldría muy bien la cuenta.»

—Escriben de Murcia que en un pueblo de aquella provincia ha ocurrido en las fiestas de proclamación de la inocente Isabel un incidente, el cual prueba hasta qué punto se haya arraigado en la generalidad de los españoles el amor á sus reyes. Seguian su curso los festejos habiéndose colocado en la plaza mayor del pueblo el retrato de S. M. y al lado del Sr. Olózaga. Pero de repente se espesó la nueva del ruidoo acontecimiento que todos sabemos. Al punto el retrato del segundo es descolgado, arrastrado, y quemado; y entretanto el maestro de escuela trazó con pluma unas rayas que figuraban el busto de una persona, escribió bajo el nombre de Pidal, y el retrato improvisado ocupó en el acto el mismo sitio que acababa de ocupar el Sr. Olózaga, continuando las fiestas.

—VALENCIA 8. Hoy han traído preso al famoso Manuel Martínez (a Bufera, que se hallaba á las órdenes inmediatas de Canache, y que, según se dijo, ha estado entre los republicanos barceloneses hasta ahora. Algunos grupos profirieron voces de muerte; pero no llegó á alterarse la pública tranquilidad, custodiándose al preso hasta llegar á la ciudadela.

Ayer unas maderas que habia arimadas á una pared en la plaza de San Bartolomé, resbalaron y cayeron sobre un muchacho de corta edad, aplastándole la cabeza y rompiéndole las piernas.

—Nos escriben de Tovarria (Mancha) haber ocurrido en aquel pueblo nuevos desórdenes promovidos por la pandilla ayacuecha que ha querido por dos veces parodiar los motines de otras ciudades. Pero la actividad y celo desplegados por el jefe político de Albacete, ha evitado tristes consecuencias y conseguido la reconciliación de los ánimos alterados.

—Nos escriben de Vivero que un bote que venia de visitar un buque que acaba de anclar con cargamento de sal en el Vivero.

do, naufragó en la barra de este puerto, ahogándose tres marineros de la empresa y un joven piloto del Barquero llamado Chabarría. Tres marineros que iban tambien en él, se salvaron á duras penas.

—Leemos en el Centinela de Galicia:

Acabamos de recibir cartas de Orense, Tuy, Pontevreda, Vigo y Santiago. En todos estos puntos la proclamación y jura se hizo con la mayor solemnidad. En Vigo ademas de la asistencia de las autoridades y corporaciones, asistió tambien el infante D. Enrique María, el que fue convidado por el Sr. baron de Casa-Goda para ver de noche desde su casa la iluminación, y habiendo aceptado se improvisó un baile, á que concurrió la mayor parte de lo principal del pueblo. Hubo cubos y arboles de fuego, llamando muy particularmente la atención la casa del cónsul de Portugal don Juan Ortega, por el muy buen gusto de su iluminación. Con fecha 4 salia de aquel puerto la fragata de guerra Cristina para este, á disposición del general Chacon que debe conducir á Cádiz. En Santiago estuvieron tambien lucidos los festejos: la iluminación fue brillante y muy particularmente la del ayuntamiento y universidad. Recibió el juramento á las autoridades un individuo del cabildo, y en la capilla mayor de la catedral.

—El ayuntamiento de Valencia ha dirigido una reverente súplica al gobierno para que no se proceda á la demolición del hermoso y antiguo monasterio de S. Miguel de los Reyes.

—Leemos en el Centinela de Galicia:

El Excmo. Sr. Capitán general de este distrito en solemnidad á la proclamación y jura de S. M., ha mandado levantar el estado de guerra en que se hallaba la plaza de Vigo, haciendo estensiva esta medida á toda la provincia de Pontevedra.

Segun nos han informado, los individuos que figuran en candidatura para diputados provinciales, son por Santa Marta los señores Poyan y Pita; por la Coruña los señores Alsina y Erce; por Nova los señores Arias Uria y Malvar; por Arzua los señores Barreiro y señor Brandoso; por Ferrol los señores García Fernandez y Montero de la Peña.

—El mismo periódico coruñés publica este curioso párrafo: UN HECHO BIBLIOGRAFICO DEL SEÑOR OLÓZAGA. Cuando atentó contra la vida de Fernando VII, se fugó de Madrid vestido de calesero con el Sr. García, intendente que fue de esta. Un sugeto recomendable aquí los tuvo escondidos en su casa, corriendo los riesgos consiguientes á esta ocultación, y pudo por fin y no sin peligro y desembolsos embarcar uno y á otro. Este mismo sugeto ofreciéndosele un asunto en Madrid, pasó á esta capital, y solicitó una entrevista con aquel. El señor Olózaga, como figuraba entonces en primera línea, se denegó á recibir á su antiguo libertador.

—Escriben del Colmenar Viejo que aquellos habitantes están sufriendo inauditas tropelías por cuadrillas de bandidos armados que en todas partes se encuentran.

—De Carrion de los Condes, provincia de Palencia, dicen con fecha 8 del corriente que la cuadrilla de ladrones que infesta este pais, asesinó y robó el día 8 al cura párroco de Valoavillón, y que ha cometido otros robos en Polvorosa y Villa Melendo.

—NOBLE RASGO DE UN PRELADO. El obispo de Barcelona, á pesar de sus escasos medios; á pesar de la indigencia en que se halla sumido, ha querido demostrar que abriga en su pecho un verdadero amor hacia su Soberana, ha pretendido solemnizar el fasto acontecimiento de la declaración de la mayoría, enviando á las casas de beneficencia una cantidad que deberá distribuirse entre los infelices que las habitan. Esta acción filantrópica, loable por su objeto y sus tendencias, honra sobremanera al reverendo obispo barcelonés.

—Nos dicen de Granada:

«La maestranza de caballería de esta ciudad ha obsequiado á la guarnición de esta plaza con la cantidad de 8,000 reales vellón, en celebridad de la declaración de la mayoría de S. M. la Reina Doña Isabel II.

—Una porción de vecinos leales y honrados de la ciudad de Orihuela han felicitado á S. M. por la declaración de su mayor edad. Igualmente lo ha hecho el señor D. Pablo de Espinosa, comandante de la milicia nacional de Motril, por sí y á nombre de aquella fuerza ciudadana.

—Leemos en la Union de Valencia.

Se habla mucho de reuniones tenidas entre los disidentes de la revolución de junio y algunas personas influyentes del partido caído. No queremos recordarle que las autoridades están alerta, y que nuevas revueltas son ya imposibles; apelamos á sus deberes como españoles, y á su patriotismo. En un gobierno representativo todos pueden legítimamente hacer triunfar sus ideas sin apelar á la fuerza. Declarada la mayoría de la Reina solo debe procurar todo el que sea honrado y español, que se consolide un gobierno estable y que tengamos paz, libertad y tolerancia.

—Nos dicen de Pontevedra:

El resultado de las elecciones de los diputados de los partidos judiciales de esta capital, Redondela y Vigo, son el haber salido por el primer partido por una inmensa mayoría, casi unanimidad, diputado provincial, propietario el intendente de ejército D. Fernando Martínez Monje, hacendado en el pais, y de consideración y prestigio por los destinos que con honor y delicadeza tiene servidos en distintas provincias. Es de ideas de orden y muy apreciado, sin que haya tomado durante estos últimos años parte en ninguno de los partidos que han luchado en la arena política: la elección esta ha sido acogida con universal aplauso y entusiasmo. Saló suplente el teniente coronel y propietario en la provincia D. Ramon Sequeiros, caballero muy cumplido y no menos dispuesto que de buenas ideas y honradas. Por Vigo se indica al Sr. Cea, y por Redondela al Sr. Almazán: unas y otras son completas y muy cabales elecciones.

Los festejos de laproclamación fueron buenos y con mucho entusiasmo.

### Gaceta de la capital.

—Sabemos se han presentado á uno de los teatros de esta corte dos producciones dramáticas de los Sres. D. Eduardo Lopez Pelegrin y D. Juan Dol Michans, titulada la del primero El pénsame y la enhorabuena y El tio y los norios la del segundo. Es digno de notarse, que sus autores el uno solo tiene 16 años, mientras que el otro acaba de cumplir los 14, circunstancia que da mas valor á las bellezas que se encuentran en ambas composiciones.

—En el juzgado del Sr. Sirvent se ha incoado estos días expediente sobre reclamación que una madre hace de su hija, á quien ha e.e.ntrado despues de algunos años de ignorar su paradero, escriturada sin su consentimiento, é informalmente, con una compañía de gimnástica.

—El Sr. Arquigala ha hecho renuncia del cargo de intendente de la provincia de Santander.

—Leemos en el Boletín del Ejército:

Sabemos que se hallan muy próximos á su término los trabajos de la comisión encargada de la reforma de la táctica de infantería, y que á instancias del general Riquelme, presidente de dicha comisión, se va á proceder en breve á ensayos prácticos en el campo, para que estos trabajos pasen con el sello de la práctica y de la experiencia á manos de la junta de generales que debe revisarlos.

—Segun dice el Eco, parece haber sido preso, hallándose en el cuartel de los Basílios, el célebre Sr. Cardero, quien hace pocos días llegó á esta corte.

## A ultima hora.

### CONGRESO.

Extracto de la sesion del día 15 de diciembre.

Se abrió á la una bajo la presidencia del Sr. Alcon. Los bancos de los señores diputados estaban desde un principio bastante poblados. El Sr. Serrano se encontraba en su asiento de costumbre. Ningun ministro se hallaba en el salon. Tampoco estaba el Sr. Olózaga.

Entre los objetos que ocuparon á las secciones en su reunion de ayer, se dió cuenta del nombramiento de la comisión que ha de entender sobre la ley de ayuntamientos, que forman los Sres. Bahamonde, Corradi, Cortina, Vazquez, Burgos, Escosura y Olivan.

Dos proyectos de ley se tomaron en consideración: el primero, para que se establezca un nuevo juzgado en la ciudad de Almuñecar; y el segundo, concediendo una pensión de 4000 rs. á D. Nicolas Hernandez.

Fueron admitidos en el Congreso los Sres. Bernaldo de Quirós, y Peiro, diputados por Avila y Guadalupe.

Continuando la discusión sobre el mensaje á S. M. por el primero de la palabra el Sr. Isturiz. El discurso de este diputado, breve, pero sumamente enérgico y razonado, se redujo á justificar su conducta por el apoyo que prestó al señor Olózaga para subir á la presidencia del Congreso, y luego á la del consejo de ministros: se lamentó de que se haya traído al Congreso la discusión que le ocupa, y reprochó la conducta del Sr. Olózaga respecto al decreto de disolución y al modo con que lo obtuvo.

Habló luego el Sr. Alcon, limitándose puramente á referir los hechos que como vice-presidente del Congreso tuvo ocasion de presenciar en las conferencias habidas con S. M.

Al relatar S. S. el acto de la declaración de S. M., dijo que fueron proferidas aquellas palabras con tal candor y alicianes tan naturales, que no podia dudarse un solo momento de su veracidad, prescindiendo del alto puesto que S. M. ocupa.

El Congreso escuchó luego con suma atencion y con visibles muestras de agrado un corto discurso del Sr. Sartorius, que reclinado por el Sr. Cortina en uno de sus discursos, por las palabras que hace algunos días proferió sobre el modo de entenderse la soberanía nacional, tuvo necesidad de contestar á aquel diputado y explicar sus palabras. Con este motivo espuso el principio sacramental que habia llevado á S. S. como á otros varios diputados á formar el partido del centro, á saber: no mas reacciones, no mas revoluciones, estando dispuestos á colocarse entre los partidos que tratasen de traspasar aquella valla. Estas palabras merecieron general aprobacion.

El Sr. Roca de Togores habló tambien largamente acerca del partido del centro y de los principios generosos que han guiado á los que en el han tomado parte. Entró despues esta señoría en la cuestion principal sobre el hecho del Sr. Olózaga; pero se encuentra tan trillado este asunto, que poco de nuevo pudo decir.

Siendo pasadas las horas de reglamento, se suspendió la discusión, quedando el Sr. Roca en el uso de la palabra para mañana.

Se levantó la sesion á las cinco.

## PARTE INDUSTRIAL.

### Fondos publicos.

BOLSA DE MADRID DEL DIA 15 DE DICIEMBRE.

TÍTULOS AL 3 POR 100.

Se han hecho 20 operaciones importantes 13.400.000 rs., á ferentes fechas en firme ó vol. con el cup. cor. de 25 á 26 por 100.

TÍTULOS AL 5 POR 100.

Se han hecho 2 operaciones importantes 2.500.000 rs., á días fecha ó vol. en carpetas presentadas á la renovación, á 3 por 100.

### CAMBIOS.

Londres á 90 días 37 1/2 d.	Málaga 1 1/2 daño.
París á 90, 16 lbs. 4 s.	Santander 1 1/2 papel d.
Alicante 1 1/2 d.	Santiago 3/4 papel daño.
Barcelona par. d.	Sevilla 1 1/2 d.
Bilbao par. d.	Valencia 1 1/4 d.
Cádiz 1 1/4 d.	Zaragoza d. p.
Coruña 3/4 d.	Descuento de letras 6 por 100 al año.
Granada 1 3/4 d.	

## ANUNCIOS.

GALERIA DRAMATICA. EL GRAN CAPITAN, DRAMA NUEVO original en cuatro actos y en verso por D. Antonio Gil de Zarate, representado en el teatro del Principe. Se vende á rs. en las librerías de Cuesta calle Mayor, y de Rios en la de Pontefredo á la Imprenta nacional, donde se hallan las últimas representaciones, cuyos titulos son El caballo del rey D. Sancho, y El molino de Guadalupe.

VIDA Y HECHOS DEL PICARO GUZMAN DE ALFARACHE. Se ha publicado la entrega sétima de esta interesante obra que se da á luz en Valencia por la sociedad artistico-literaria. Continúa abierta la suscripción en Madrid en la librería de Cuesta, y en las provincias en las librerías principales.

EL CUADRO SINOPTICO LITOGRAFIADO PARA CRIAR LOS gusanos de seda, obra del Sr. Rossi. Se vende á 16 reales cada ejemplar en las estamperías de la calle de Atocha, número 20, y en el calle del Carmen, número 41; en el gran Bazar calle de la Montera, número 14; en el almacén de los Sres. Graciel y Zambrabarrera de San Gerónimo; y en la librería de Monier, número 10, y en la litografía de Bachelier, calle de Preciados, número 16. Los señores de las provincias que quieran hacer compra por mayor podrán hacer sus pedidos al Sr. D. Juan Maria Rossi autor y propietario de dicho cuadro, dirigiendo las cartas á los señores Graciel y Zambrabarrera.

### PUNTOS DE SUSCRICION AL HERALDO

EN EL EXTRANJERO.

Londres, Mr. W. Jeffs, Foreign Library 15, Burlington arcade Piccadilly.

En Paris, en el cercle litteraire des Salons Valois, Palais Royal, Galerie de Valois, 156.

En el Havre, casa de Mr. Sebastian Boum.

En Burdeos, Bureau General des Journaux de Paris et des departaments, Place de la comédie, Mr. Delpech.

En Bayona, en la redaccion del Phare des Pyrénées.

En Lisboa, en la redaccion de O Correo Portuguez.

En Ultramar, en las Administraciones de Correos.

EN ESPAÑA.

Madrid, en las oficinas del periódico, calle de San Miguel, número 23.

En todas las Administraciones de Correos, y ademas en Alicante, en la casa de D. Juan José Carratala, comercio de libros.

Cádiz..... Id. D. Timoteo Arnaiz, id.

Burgos..... Id. D. Alejandro Lorente.

Cuenca..... Id. D. Juan Menendez.

Don Benito..... Id. D. Bernardino Gálvez García.

Ferrol..... Id. D. Nicasio Taxonera, del comercio de libros.

Gibraltar..... Id. D. Ignacio Maria Ramos.

Huesca..... En la secretaría del Liceo.

Jerez de la Frontera..... Id. D. José Bueno.

Lérida..... Id. D. Camilo Boix, D. Tomás S. martí.

Mondónedo..... Id. D. Francisco Delgado, administrador de Loterías.

Ocaña..... Id. D. Vicente Calvillo, administrador de id.

Pontevedra..... Id. D. Nicolás Francisco del comercio de libros.

Palencia..... Id. D. Avelino Pastor, del comercio de libros.

Santiago..... Id. D. Francisco Rey Romero, del comercio de libros.

Santander..... Id. D. Clemente Maria Riesgo, del comercio de libros.

Toledo..... Id. D. Vicente Lopez Delgado, del comercio de libros.

Valladolid..... Id. D. Mariano Rodriguez, del comercio de libros.

MADRID.—Imprenta de EL HERALDO.

EL TOR RESPONSABLE, C. RAMIREZ.